



LA HIJA DEL HEBREO,

DRAMA EN VERSO,

—UN PROLOGO I TRES ACTOS—

POR

FEDERICO HENRIQUEZ I CARVAJAL.

Precedido de un juicio crítico por el señor José Joaquín Pérez
i de una carta de la señora Salomé Ureña de Henríquez.



SANTO DOMINGO.

IMPRENTA DE GARCIA HERMANOS.

18. — SEPARACION — 18.

1883.

BN
R0862.4
H 519b
C-4

PERSEVERA!

A MI CONSOCIO I AMIGO FEDERICO HENRIQUEZ I CARVAJAL

CON MOTIVO DE SU DRAMA

LA HIJA DEL HEBREO.



CAN conmovido me dejaron las últimas escenas de tu drama, al oír su lectura en la sesión celebrada por *La Republicana* con ese objeto, que sólo pude dirigirte unas cuantas palabras de felicitación, interpretando, como presidente de la sociedad, los deseos de aquella concurrencia que te prodigaba sus aplausos.

Pero tu obra merece más que una felicitación i más que un aplauso.

En medio de ese silencio, de ese abandono, de esa inercia á que se ha entregado nuestra literatura, viene á ser un verdadero acontecimiento todo lo que manifiesta que el fuego sagrado del jénio se reanima i que al través de las cenizas quedan todavía algunos resplandores.

Tu drama es una resurrección. Parece que tú has evocado el espíritu del fondo del abismo donde se operaba la jesticación laboriosa de la idea. I así como basta al pedernal el choque para producir la chispa, así bastó á tu jénio la chispa para producir la luz. No hai que dudarlo: tienes el privilegio de haber sacudido ese cadáver diciéndole como Jesús á Lázaro: *Surge et vade!* "Levántate i anda!"

619391

Pero lo que más hace meritoria esa resolución es que el vacío se cierne en torno de todos los que aquí rendimos culto á esa diosa avara de sus recompensas que se llama la literatura. En otros países el móvil es la fé; en el nuestro el desaliento debia cortarnos las alas. I no sucede así, únicamente porque ; cómo detener el águila en los picachos de sus cimas si vé constantemente el espacio, que tiene para ella la atraccion irresistible de lo infinito?

Poco importa al ruiseñor que su canto se pierda en las profundidades del bosque: obedece á su destino que le impulsa á poblar de armonías las soledades: su voz, de Dios le viene i á Dios sólo se complace en consagrarla.

Debo concretar mis ideas, i desde luego decir lo que es tu drama en sí mismo. Pues bien: Es todo el jérmien de una civilizacion encarnada en el alma de un niño. Parecerá exajerado; mas esto es la verdad. Tu *Cristiana*, la protagonista, es una creacion bellísima, tierna, adorable. Cada sonrisa suya es una irradiacion del cielo; cada palabra un ritmo armonioso del poema de la inmortalidad. Es el tipo de toda una rejeneracion moral en la sociedad. Es el instrumento con que la Providencia pulveriza una preocupacion irrisoria.—*La Hija del Hebreo* es la paloma divina que lleva la oliva, símbolo de salvacion, á los que flotan en el area sobre las aguas del diluvio de las pasiones.

Dos relijiones distintas, que fueron casi una misma en su oríjen, vienen á luchar en tu drama con esa lucha de la intolerancia ciega, del fanatismo implacable, que es la peor de todas las luchas en todas las épocas de la historia. Producir el caos es lei constante de la flaqueza humana. Lo grande, lo bello, lo perfecto, lo eterno está en Dios. Pero pedir á Dios algo de su grandeza para la humanidad es dar un paso más en el camino; eugalanarse con algo de su belleza inmortal es ir entrando en la plenitud del bien; reflejar siquiera un destello de su perfeccion sublime es la conquista de un progreso indefinido; vivir un minuto tan solo de esa eternidad es llenar de luz, colmar de gloria la existencia en todos los tiempos.—Hacer todo eso es civilizarse.

Ahora bien: tu drama es la condensacion de todas las verdades infinitas en una espléndida verdad: vá, de

incidente en incidente, ligando la trama de las pasiones en el abismo con un lazo cuyo extremo se encuentra en el cielo en las manos de Dios. Ese lazo es el amor!— el amor, que si algo tiene de poderoso, de grande, de heroico, de noble, de benéfico, de ideal, es porque deriva todos sus atributos de la misma Divinidad.

La verdad que tú proclamas hábil i victoriosamente es que el amor es una religion universal, ó mejor dicho, que toda religion no es sino amor. El corazon es un santuario abierto á todas las sectas: su dogma es inteligible para los que adoran á Brahma, para los que siguen á Confucio, para los que esperan el Mesías, para los que obedecen á Mahoma i para los que veneran á Jesucristo.

¿I cómo proclamas esta verdad? Lo haces por medio de contrastes que interesan vivamente el ánimo. Pones de un lado, en don Juan de la Paz y Aría, al padre terriblemente fanático por su religion, así como lo es por sus opiniones anexionistas en aquellos años de nuestras luchas de la Restauracion,—i del otro, en Daniel Lopez, al jóven hebreo, enamorado de la angelical María, amado tambien por ella, que está casi ofrecida en matrimonio á un teniente coronel español por el autor de sus dias, i decididamente resuelta á arrostrarlo todo en aras de su amor al dueño de su corazon.

En esta situacion las cosas, despues que una catástrofe inevitable acontece, i que María fuga con su amante i la Providencia interviene privando de la vista á su padre en aquella *noche terrible de rayos*, tempestad i maldiciones, desenvuelves los tres actos que siguen al prólogo, en los cuales aparece la interesante figura de *Cristiana*, frata del matrimonio clandestino de los dos amantes maldecidos por la preocupacion paternal.

CRISTIANA es el ángel del hogar, donde la felicidad sonríe, pero sobre el que se proyecta una sombra fatídica: la del ciego, que implora la caridad pública, la de la víctima de su propia creencia i de la ingratitud de los extranjeros cuya causa había abrazado con tanto ardor.

Despues de once años de ausencia, los afortunados esposos hallan ocasion de recoger aquel pobre ciego, sin que él sepa quienes son sus bienhechores. *Cristiana* es para él la Providencia, de la cual se hallaba abandonado.

Cristiana va consolando ese infortunio, pero tambien va lentamente rejenerando esa alma, enseñando una verdad, produciendo una revolucion moral en ese espíritu estraviado. Cuando llegue el día de las revelaciones, ya aquel corazon estará cautivo en las redes que la inocencia le ha ido preparando sin saberlo. Cuando aquellos ojos contemplen la luz material, debido á los esfuerzos de la ciencia, tambien aquella conciencia se iluminará con los esplendores de la luz del cielo, de la fé en los destinos de la humanidad, de la fraternizacion de todas las ideas relijiosas en el seno de la civilizadora relijion universal, que es el amor.

El perdon para los que consideraba sus mayores enemigos, porque los creia de su Dios, brotará de sus lábios inspirado por ese mismo Dios, cuyo representante en la tierra es una tierna niña de diez años.

Oh! ¡ qué escenas tan conmovedoras! cuántos incidentes de sencillez i naturalidad hacen de tu drama una de esas obras que bien pueden ser dignas de una fama imperecedera!

Aquellos pasajes en que *Cristiana* i el anciano hablan comunicándose sus ideas, son un modelo del arte. Qué cuadros tan magníficos! Qué sublimes contrastes! La flor que se abre al beso perfumado del alba i el tronco carcomido que se dobla al soplo de la tempestad. El cielo i el abismo contemplándose: el uno irradiando torrentes de luz; el otro envuelto en pavorosas sombras. Hé aquí lo que representan esos dos personajes. Pero la flor engalanará aquel tronco rejuveneciéndolo i comunicándole la sávia de su propia vida: el cielo se mirará al abismo, porque entre ellos flota invisible el soplo de Dios, que es el *fiat lux* de una creacion maravillosa.

Tu drama, en sus detalles i en su conjunto, responde á todo lo que los grandes maestros del arte exigen para que sea una obra perfecta cuanto cabe serlo.

Podemos decir que él tiene una mision nacional, una mision social i una mision humana. En todo enseña; en todo civiliza.

La mision nacional la cumple, no tan sólo atacando esa preocupacion injusta que hace oposiciones á los enlaces de nuestras mujeres con jóvenes honrados i dignos de aprecio, por el solo motivo de diferencia de reli-

cion, cuanto porque, en otro órden de ideas, pone de manifiesto la ingratitud con que siempre pagan las naciones dominadoras los servicios que se le prestan, i cuán denigrante es ser enemigo de su patria i partidario de su anexion al extranjero.

La mision social la cumple enseñando que el matrimonio de las cristianas con los de diferente religion siempre hace que los hijos sigan la de su madre i sean los más estrictos en la práctica de las virtudes que el cristianismo aconseja, moralizando así la sociedad.

La mision humana la cumple probando que todos somos hijos de un mismo Dios, i que la diferencia de creencias en nada debe influir para que los hombres se odien tan profundamente.

Has alcanzado entre el reducido círculo de tus consocios i amigos un triunfo completo. Él es el augurio de otro más digno de tí. Sí, es preciso que ese drama sea conocido: es preciso que el público acuda al teatro á saborear esa versificacion suave, natural, de arranques i cadencias i armonías; que vaya á sentir i á derramar lágrimas i á ornar tus sienes con una espléndida corona.

La Hija del Hebreo debe inaugurar una época de glorias para la patria. Debe estimular el talento i hacer que brillen tantas perlas literarias como hai en la oscuridad. Sí, abre tú la marcha: en pos de tí irán los Del Monte, los Guridi, los Billini, los Rodriguez i otros que en el arte dramático han cosechado algunas flores que ofrendar en las áras del templo de nuestras glorias nacionales.

Permíteme que concluya felicitándote una vez más, aplaudiéndote cien veces, i pidiéndote por último que prosigas, que perseveres consagrandote al teatro tu talento. En él está tu porvenir. Dáanos siempre dramas como *La Hija del Hebreo*, como esa improvisacion brillante de que fuí casi testigo, i te aseguramos que será para nosotros una gloria contribuir á tejerte la corona de inmortalidad que te mereces.

JOSÉ JOAQUIN PÉREZ.

Santo Domingo, setiembre 22 de 1877.



SEÑOR FEDERICO HENRIQUEZ.

MI APRECIABLE AMIGO:

QUE vuelvo tu valioso drama, rindiéndote espresivas gracias por tu amabilidad al enviármelo, i felicitándote por el triunfo adquirido en esa feliz inspiracion de tu alma. Desde que supe su existencia tuve sed de leerlo, tuve ánsias de saborear esas bellezas sospechadas por mi fantasía i denunciadas por el escrito de Pérez. I no me engañaba: su lectura interesa vivamente el ánimo, i, una vez principiada, no es posible abandonarla sin concluir. Esto fué lo que yo hice, i lo que hará indudablemente todo el que tenga alma, todo el que sepa sentir con los episodios conmovedores de tu drama.

Desprovista de los atributos que constituyen una autoridad literaria, no puedo levantar la voz para hacer el análisis de tu obra; pero, si se consultase mi dictámen, yó, guiada por no sé que influencia secreta que me hace adivinar lo bello i me arrebató con sus inspiraciones, diré: que en ese tesoro todo es joyas.

Créeme siempre tu amiga verdadera,

SALOMÉ UREÑA.

Santo Domingo, noviembre 5 de 1877.



La hija del Hebreo.

LA HIJA DEL HEBREO.



PERSONAJES.

ACTORES.

CRISTIANA.	<i>Niña Adela Astol.</i>
MARÍA.	<i>Sra. Busatti de Astol.</i>
DON JUAN.	<i>Sor. L. del Castillo.</i>
DANIEL.	<i>Sor. Ramirez.</i>
D. JOSÉ DEL PRADO (Teniente Coronel)	<i>Sor. Eugenio Astol.</i>
DOCTOR ACOSTA.	<i>Sor. J. F. Pellerano.</i>
PÉREZ.	<i>Sor. Pasarell.</i>
PEDRO.	<i>Sor. Ballester.</i>
UN CRIADO.	<i>Sor. Ortiz.</i>

Época moderna: la escena en Santo Domingo,
capital de la República Dominicana.

La Republicana, aceptando la dedicatoria de este drama, acordó su edicion para obsequiar con ella al autor, miembro activo de dicha sociedad literaria.

El estreno tuvo lugar en el teatro de La Republicana la noche del 16 de julio de 1882.

PROLOGO.

EN EL BAILE.

Sala de descanso.—Puertas a úmbos lados; a la izquierda un balcon; a la derecha un sofá.—Al fondo, por entre las columnas que lo dividen, se deja ver el salon de baile.—Es de noche.—Se oye una marcha dentro, al alzar el telon.

ESCENA PRIMERA.

PRADO, PEREZ. Por el fondo.

Prado. De veras, amigo Perez,
es todo un hombre don Juan,
i la niña un talisman.

Perez. Como todas las mujeres,
sin duda, señor del Prado.

Prado. No tal. Os juro, á fe mía,
que es una diosa María.

Perez. Que os tiene ya cautivado.

Prado. Si, por Dios; i me estasio
amándola con vehemencia.

Si logro correspondencia,
oh dicha! ¿Reís?

Perez. Me río
porque es tarde, a lo que veo,
para ese triunfo de amor:
tomó con suerte i valor
ese baluarte un hebreo.

Prado. Cómo! bah! Jamás la hija
de un caballero cristiano
desáira de un castellano
el amor, i.....

- Perez.* Miéntas rija
odiosa preocupacion,
veremos acibarar
las horas del dulce hogar
por incauta oposicion.
- Prado.* Eso tengo a mi favor,
pues don Juan no lo tolera.
- Perez.* Vuestra conducta en hoguera
trocará su oculto amor.
- Prado.* Pero don Juan es oriundo
de mi noble raza hispana;
nuestra augusta soberana
le merece amor profundo;
su religion es la mia,
que repugna el culto hebreo.....
- Perez.* Amigo Perez, yo creo
que triunfaré de María.
Os alabo el buen humor,
iba a decir la jaectancia,
no os arriendo la ganancia
en tal empresa, señor.
- Prado.* Bah!
- Perez.* Hablemos de otra cosa:
¿qué tal el baile os parece?
- Prado.* Mi voto de honor merece,
mis plácemes por la hermosa
a quien don Juan lo dedica;
si bien informado estoi,
veintiun abriles hoi
cumplidos tiene la chica.
- Perez.* Mayor de edad! El hebreo
navega con viento en popa.
- Prado.* Habrá naufragio si topa
conmigo, lo juro.
- Perez.* Leo
en vuestra frente una idea
ajena de un caballero.
Si Lopez llegó primero,
en buen hora.....
- Prado.* ¿Qué yo sea
desoido i postergado
por un intruso judío?!

Yo no olvido, señor mio,
que soi don José del Prado.

(Se oye una danza.)

Perez. La orquesta nos brinda yá
la bella danza "porfia."

Prado. Voi a bailar con María.

Entro varias parejas que cruzan por segundo término se
vé a Daniel con María del brazo, conversando alegremente.

Perez. Mirad! vá con Lopez.

Prado. Ah!

¿i quereis que yo consienta?
Señor Perez, no me arredro!
lucharé con brío!

ESCENA SEGUNDA.

PRADO, PEREZ, I DON JUAN, por el fondo.

Don Juan. (Llamando.) Pedro!

(Entrando.) Ah! señores, se lamenta
el bello sexo e inquiere
la causa de vuestra ausencia.

Perez. Tanto honor!

Prado. Es deferencia!

Don Juan. Sin duda ni afán se infiere
que de tanta hermosa, justa
la queja, señores, es.

Prado. Perder un turno, pardiez,
a ninguna jóven gusta.

Perez. Por mi parte pediré,
rendido, favor, perdones,
visitaré los salones
i con todas bailaré.
Como amigo de confianza
—lo juzgo de gran valía—
voi a bailar con María
un turno de polka i danza.

(Váase)

Don Juan. Lo celebro.—Vos tambien
le hareis el honor, sin duda.

- Prado.* Me valdré de vuestra ayuda
para vencer su desdén. (Cesa la música.)
- Don Juan.* Cómo! ¿desdén presumís,
señor del Prado, en mi hija?
- Prado.* No estrañeis que tal colija
quien tiene un rival feliz.
- Don Juan.* Desdén! rival! no lo creo!
esas son bombas al aire.
- Prado.* Si temer debo un desaire
inquiridlo del hebreo. (Se vá por el fondo.)

ESCENA TERCERA.

DON JUAN.

- Don Juan.* Ese español está loco!
está loco de remate!
¿Qué tiene el jóven hebreo
de comun con el desaire
que pudiera hacer María
al bizarro comandante?
¿Qué tiene que ver, pregunto
para que con él indague?
Me pierdo en un laberinto!
No divaguemos en balde. [Pausa.]
Ah! recuerdo que María
rompió con Lopez el baile;
i Daniel estuvo trémulo
de emocion al presentarle
un precioso ramillete
como obsequio en sus natales.
Qué sospecha! ¡Si María,
la luz de mi hogar, el ángel,
amar querrá sin mi vénia?
sin permiso de su padre?
Unir su suerte a un hebreo
no es contra Dios revelarse!
María es buena, i venera
la relijion de sus padres.
Siempre forjan cien castillos,
mil los celos en el aire!
El español es celoso,
ó está loco de remate! [Se oye una polka.]

ESCENA CUARTA.

DON JUAN, PEDRO.

Pedro. Señor.....

Don Juan. Te buscaba, Pedro,
para encargarte.....

Pedro. De qué?

Don Juan. De atender a que no falte
ningun criado a su deber.
Es preciso que esta fiesta
dé la crónica del mes;
que nada se omita, nada
que la pueda enaltecer.
Probar quiero mi entusiasmo,
mi adhesion sin interés,
por el alto honor que España
nos dispensa, cual se vé,
admitiendo bajo el cetro
poderoso de Isabel
esta antilla, la primada,
que española siempre fué.

Pedro. Ya os critican i murmuran.

Don Juan. ¿Quién se arriesga a tanto, quién?

Pedro. Los que dicen que la patria
jamás se debió ceder;
los que afirman que hai deshonra
en la conducta de quien
juró por Quisqueya libre
o triunfar ó perecer,
i se jacta haciendo alarde
de anexionista despues!

Don Juan. Imbéciles! qué murmuren!
Mi desprecio i mi desdén
son los gajes que destino
a su torpe insensatez.
Despecho de ciega envidia
que rencor destila, hiel,
la causa de sus dieterios
i murmuraciones es.
Miserables! todos vanos



sus clamores han de ser!
I en cuanto a María, nunca
a criollo la daré.

Pedro Cristiano será su esposo,
español será, pardiez. [Cesa la polka.]
Señor... don José del Prado [Con intencion.]
amante rendido fué
de vuestra niña María
desde que vino, i doncel
mas gallardo.....

Don Juan. ¡Verdad, Pedro,
que es un buen partido?

Pedro. Pues,
ya lo creo! castellano
i de noble estirpe, a fé,
que lleva al pecho tres cruces.....
¡un futuro brigadier!

Don Juan. Mas presumo, Pedro amigo,
que la tontuela no vé
lo que nosotros.

Pedro. Quién sabe
si le canta otro doncel!

Don Juan. Precisamente tal duda
conviene desvanecer.
Sospecho que la enamora
el judío.

Pedro. Don Daniel?

Don Juan. Sí, Daniel Lopez, el mismo
pretencioso jóven, qué
desciende de una familia
fanática, toda vez
que tampoco, Pedro, admite
de extraño culto mujer.

Pedro. Cada cual está en su línea.
Cual nosotros ellos ven
en relijiones ajenas
las obras de Lucifer.

Don Juan. Pues lo dicho: vijilancia!
Haz que todos cumplan bien.
Yo voi a salir de dudas
con María o con Daniel.
El cielo mis pasos guie!

[Vése.]

Pedro. Por siempre jamás amen!
Ojo al Cristo! que esta noche
nueva torre de Babel
es la casa, i o soi bruto
o el ovillo sacaré,
que en las manos tengo el hilo
i servirme puedo dél! [Váse por la izquierda]

ESCENA QUINTA.

DANIEL, MARÍA. [Por el fondo.]

María. Mil veces dichoso el día
en que yo te conocí.

Daniel. De entónces fuiste, María,
luz del alba para mí.

María. A solas, Daniel, jemfa
por la madre que perdí.
Ai! huérfana me morfa.....
morfa, mi bien, sin tí.

Daniel. Pero yá.....

María. Propicio el cielo
ha calmado mi sufrir;
que no hai lágrimas de duelo
i me place ya vivir!

Daniel. Mi María! mi consuelo!
cómo alegras mi existir!

María. Ya no dudo ni recelo
del ignoto porvenir.

En tí cifro mi esperanza.
Daniel. ¿Qué no dudas? Dí, mi amor:
¿no habrá nube en lontananza
agorera de dolor?

En quién pones tu confianza?
María. En la vírgen. Con fervor
suplicando siempre alcanza
lo que es justo el pecador.

Daniel. I pedido le has, bien mio?

María. Que nos dé su proteccion.

En ella, Daniel, confío.

Daniel. Ella escuche tu oracion!

Pedir a tu padre ausó
tu mano.

María. Mi corazon
es tuyo!

Daniel. Pero un judío
provoca la oposicion.

María. ¿ temes?

Daniel. Sí. ¿ No me ha dado
motivos para temer!

María. Es que nunca has intentado.

Daniel. Hoi mismo lo quiero hacer.
Don Juan, al dogma aferrado
del Cristo, no puede ver
con gusto que, enamorado,
yo te pida por mujer!

María. Qué dices, Daniel! qué idea!

Daniel. Tu padre preferirá,
en odio a la raza hebrea,
un yerno cristiano....

María. Ah!

Daniel. Siempre que de España sea.

María. Tu juicio mui léjos vá.
¿ Primero muerta me vea!

Daniel. El cielo no lo querrá!
Mas, dime: si por ventura
tu padre me niega cruel
la mano de la criatura
que idolatro, amante fiel,
si por él mi labio apura
del desprecio negra hiel,
si me arroja.....

María. Mi ternura
no muere nunca, Daniel!

Daniel. Me seguirás confiada,
amórosa seguirás
a tu amante, mi adorada?

María. No!

Daniel. María!

María. N6, jamás!

Daniel. Oh dolor!

María. Qué dices?

Daniel. [Alejándose.] Nada.

María. [Afectuosa.] Mi amor.....
Daniel. [Con dolor.] Es débil, fugaz!
Adios, dicha evaporada!
Adios! [Yéndose]

María. Oh! no puedo mas!
Daniel!

Daniel. [Volviendo.] María!
María. En pedazos
estalla mi corazon!

Daniel. Ah!
María. Si mi padre sin plazos
rechaza tu peticion,
si te niega amantes brazos,
si escarnece mi eleccion,
si corta tan puros lazos,

Daniel. [Ansioso.] Qué?
María. [Con dolor] Yo pierdo la razon!

ESCENA SESTA.

MARÍA, DANIEL, DON JUAN, PEREZ, PRADO.

Don Juan. Mientras que el señor del Prado
te solicita, María,
pues contigo todavía,
¡i es extraño! no ha bailado;
te estás aquí.....

Prado. Sentiría.....
María. Bailó la polka, i cansada
i rendida de calor,
dó se respira mejor
vine, padre.....

Prado. Acompañada.....
Don Juan. De un pretendiente.
Daniel. Señor!
María. Padre!
Don Juan. Sí, de un aspirante
sin títulos.

María. Ah!
Daniel. [Con dignidad] El labio
sellad, don Juan; tal agravio
a un caballero!

- Prado.* [ap.] Pedante!
- Perez.* [ap.] Verémos quien es mas sabio.
- Daniel.* Yo la amo, señor; mi gloria,
mi luz es ella i mi guía.
- Prado.* Mayor audacia!
- Don Juan.* María,
estás oyendo esa historia
i callas.....
- María.* Oh! mentiría
si nuestro amor os negara
que es noble, profundo i fiel.....
- Don Juan.* María!
- María.* Si os ocultara
que mi vida naufragara,
padre mio, sin Daniel!
- Don Juan.* Desgraciada, qué profieres?
qué estás diciendo, infeliz!
- Prado.* [A Perez.] Las mujeres! las mujeres!
- Don Juan.* Aunque tu amor no exajerés
hoi lo arranco de raiz.
- María.* Piedad!
- Daniel.* Os pido la mano,
don Juan de la Paz Faría,
de vuestra hija María.
- Prado.* [Con ironía] Se la otorgais!
- Don Juan.* [Exasperado.] A un.... villano?
¡Primero la mataría!
- María.* Oh!
- Prado.* Cabal.
- Daniel.* [A Prado] ¿Con qué derecho
emitís necia opinion?
Será por celo ó despecho.
- Prado.* Las cruces que llevo al pecho
Me ahorran esplicacion.
- Daniel.* Vuestra conducta es innoble,
indigna de un español.
- Prado.* Un plebeyo!
- María.* Ah!
- Daniel.* Qué noble!
Si pretendéis que me doble,
primero se extingue el sol.
- Prado.* Eso luego lo veremos.

Don Juan. [Interviniendo.] Yo no consiento en mi hogar.

Perez. [Idem.] Caballeros.....

Daniel. Acabemos!

El nudo pronto cortemos

[A don Juan] De vos qué debo esperar!

Don Juan. Negativa, oposicion.

Con un judfo!

María. Favor!

Daniel. Ella dióme el corazon,
i hoí forma su relijion
la relijion del amor.

Don Juan. Palabras... discurso vano!
Si nunca os podreis casar,
pues nunca daré su mano
sino al noble castellano.

[Prado se inclina con satisfaccion.]

María. [Llorosa] Oh!

Don Juan. (A María.) Vé con Prado a bailar.

María. A bailar cuando destrozas
lás flores de mi ilusion?
cuándo en mi duelo te gozas,
i de espinas, no de rosas,
saturas mi corazon?

A bailar cuando me niegas
la luz de mi porvenir,
mi palma de amor aniegas
i acerbo llanto me legas
condenándome a morir?

Oh madre del alma mia!
tus ojos vuelve hácia mí;
ruega a Dios por tu María,
i si aun es mi suerte impía
que me lleve junto a tí!

Don Juan. (A María.) Por tí aguarda.

Prado. (Ofreciéndole el brazo.) Señorita.....

Perez. (Interponiéndose.) Con vos a bailar estoi
dispuesto.

Daniel. (A María.) Vé. (María dá el brazo a Perez.)

Perez. (Ap.) Pobrecita!

[Se va con ella por el fondo.]

Prado. Su torpe desdén me irrita!

Don Juan. María! trás ella vói. [Vásc.]

ESCENA SÉTIMA.

LOPEZ I PRADO.

- Daniel.* Me debéis dar, caballero,
a ménos de ser cobarde,
de vuestro enojoso alarde
cumplida satisfaccion.
- Prado.* Pródigo sois de la vida.
- Daniel.* “¿Temeis a la muerte acaso?”
- Prado.* Nunca de ella hice caso.
- Daniel.* De probarlo es ocasion.
- Prado.* Cuando gustéis. A fé mia,
morir ó matar anhelo;
que a mi paso brota el suelo
solo espinas, ni una flor!
Amamos la misma vírjen,
i ella, jóven, os prefiere;
eso, por Cristo, me hiere
en las fibras del honor!
- Daniel.* Si la amé rendido i tierno,
¿qué tiene, señor, de extraño
que ileso su amor de engaño
fuera todo para mí?
¿Qué importan dudosos timbres
de vuestra rancia nobleza?
¿Virtud i talento! ¿esa
es la heráldica de aquí!
En vano su padre niega
su vénia, pues yo la adoro.
Señor Prado, ¿tal tesoro,
quién podráme arrebatat?
- Prado.* Me daña vuestra ventura, ^{ua}
i al desaire no me avengo. ^{o.}
Caballero, os lo prevengo:
quiero morir o matar.
- Daniel.* Corriente. Me satisface
nuestro fácil entendido.
- Prado.* [Ap] Morirá! [A Daniel] Lo habeis q lo.
- Daniel.* Las doce i media. [Observando oj]
- Prado.* A las dos. . . .

Daniel. En seguida, al punto.

Prado. Sea.

¿Armas?

Daniel. Las que consigais
i en el sitio que elijais

Prado. Al instante soi con vos. [Vásc por el fondo.]

ESCENA OCTAVA.

DANIEL.

Daniel. Sueños de amor, de loca fantasía,
pasásteis cual delirios de un poeta;
la ríjida verdad desnuda i fría
ha clavado en mi pecho su zaeta!
En vano el corazon mendiga calma
si le roban la paz, tu amor, María;
terrible duda me tortura el alma,
la duda que es peor que la agonía! (Pausa.)
Si triunfo del rival que me depara
adversa suerte, singular destino,
si la sangre de ese hombre me manchara,
si de angustias se torna mi camino,
¿querrá seguirme la mujer que adoro
a dó la lleve para ser mi esposa?
I si muero en la lid? Perenne lloro
será la herencia de su vida ansiosa. (Pausa.)
Inútil divagar del pensamiento.
Un castigo merece la insolencia
del español. Ningun remordimiento
empaña con sus brumas mi conciencia!

Prado. [Pasando del fondo a la derecha.]

Abajo vuestras órdenes espero.

Daniel. Os sigo. ¿Si triunfante, mi María,
luiré contigo! Mas ¡valor! si muero....
¿que el cielo te proteja, amada mía!

[Se va por la derecha.]

[Se oye un vals.]



ESCENA NOVENA.

PEDRO.

(Que de rato en rato se ha dejado ver por el fondo.)

Pedro. Me parece que la crónica
hoi registra de seguro
algo mas de lo que pide
don Juan por amor u orgullo.
No quiso bailar la niña.
Tenaz resistencia opuso
al mandato de su padre,
i a los ruegos del futuro.
Fué majar en hierro frio. (Pausa)
Sin gran malicia barrunto
que tras el placer sus iras
desata el rencor intruso. (Pausa.)
Hace poco que el hebreo,
decidido i testarudo,
con el don Pepe charlaba
ambos sérios, cejiuntos.
Sospecho que se ocupaban
en un duelo. . . . Cuan oscuro
(Mirando por el balcon.)
está. No se ven los astros.
Uf! mal tiempo. San Canuto!
(Se oye un tiro)
un tiro cerca, mui cerca. . . .
(Se oye otro)
i otro! ¿quién será el difunto?
(Cesa el vals)

ESCENA DÉCIMA.

PEDRO, MARIA, DON JUAN, PEREZ, I CRIADOS.

Don Juan. ¿Qué tiros son esos, Pedro?

María. (Ajitada.) Si serán ellos? Dios mio!
I Daniel?

Don Juan. (Rápido.) I el comandante?

Pedro. Bajaron.....
Don Juan. I.....
Pedro. Se han batido!
María. A muerte quizás!
Perez. Un duelo!
María. ¡Salvad a Daniel, Dios pio!
Don Juan. Vamos todos a la calle
a ver lo que ha sucedido!

(Se van por la derecha.)

ESCENA UNDÉCIMA.

MARÍA.

María. Cuánta ansiedad! mi corazón estalla
al golpe rudo del dolor que siento!
Me opone el infortunio fuerte valla,
arista débil me arrebató el viento!
Si Prado de Daniel triunfó... Dios mío!
me muero de pesar, me vuelvo loca!
I si Daniel mató... ¡qué desvarío!
manchas de sangre mi infelicidad evoca!
El odio de mi padre se acrecienta
sea cual fuere la razón del duelo.
Vacilo de temor, i me atormenta
duda tenaz. Oh! vírjen del Carmelo!
tus manos tiende a la infeliz criatura
que, sin rumbo en un mar tan proceloso,
la muerte mira por doquier segura,
yá triunfe o muera su elegido esposo!

ESCENA DUODÉCIMA.

MARÍA I DANIEL, que llega ajitado.

Daniel. María!
María. Daniel!
Daniel. (Tomándole una mano.) Mi vida!

- María.* De rodillas, Providencia,
plegarias de mi conciencia
a tí elevo agradecida!
Ah! vives....
- Daniel.* Sí, por fortuna.
- María.* ¿Acaso estarás herido?
- Daniel.* Del lance ileso he salido;
no tengas pena importuna.
Mi contrario.....
- María.* Qué?
- Daniel.* Mordió
la tierra fatal por cierto.
- María.* Qué dices, Daniel? le has muerto?
- Daniel.* Tan solo herido cayó.
- María.* Gracias, cielo! gracias mil
mi pecho de gozo henchido
te dá, pues no has consentido
que triunfe la muerte vil!
- Daniel.* Te enaltecen sentimientos
tan nobles, bella María;
mas..... es tiempo todavía.....
no perdamos los momentos.....
- María.* ¿Qué dices, Daniel? no entiendo.
- Daniel.* Es preciso tu morada
abandonar.
- María.* (Retrocediendo.) Deshonrada!
- Daniel.* (Turbado.) María!
- María.* (Con resolución.) Jamás!
- Daniel.* Pretendo,
pues que me niegan tu mano
i he perdido la esperanza,
que bendiga nuestra alianza
un sacerdote cristiano.
- María.* ¿Matrimonio clandestino
me propones? Imposible!
Eres, Daniel, muy terrible!
- Daniel.* (Con aire sombrío i yéndose.)
Cúmplase, pues, mi destino!
- María.* (Trás él, recelosa.) ¿Qué intentas?
- Daniel.* (Con frialdad.) Morir!
- María.* (Aterrada.) ¡Detente!
Mi padre....! Daniel! Te sigo.

- Daniel.* Mi honor defiende.....
(Con sollicitud.) Connmigo,
inmaculada la frente
por siempre alzarás, María!
(Lo toma la mano.) Vamos al templo....!
María. (Haciendo un esfuerzo) Confiada,
su nombre i su honor tu amada,
Daniel, a tu honor los fía!
(Vuecla, Daniel la insta, lanza un suspiro i parten.)

ESCENA DÉCIMA TERCIA.

PRADO, D JUAN, PEREZ I PEDRO.

[Los dos últimos traen en brazos al primero herido.]
[Relámpagos i truenos]

- Don Juan.* Acostadlo en el sofá
a ver si cede el desmayo. (Lo hacen.)
Perez. Intentemos un ensayo.
Pedro. Con el éter pasará.
(Entra por la izquierda i vuelve con un pomo.)
Perez. Hai que vendarle la herida
sin esperar al doctor. (Pausa.)
Pedro. Ya va surtiendo el olor
la reaccion apetecida.
Perez. Vuelve en sí.....
Don Juan. Tan pronto?
Pedro. (Rápido.) Creo
que se mueve.....
Perez. (Idem) Ya suspira.....
Pedro. Los ojos abre.....
Perez. Nos mira.....
Pedro. Sin duda busca al hebreo.
Prado. (Suspirando.)
Ai! don... de es... toi...! La luz.....
se eclip... só... de mi... ventu... ra.....
Daniel... nó!
Perez. La calentura (Relámpago.)
le hace delirar.
Pedro. (Santiguándose.) Jesús,
María i José! qué noche!

- Prado.* (Delirando.)
Atrás! qué di...ces? No...! mia...!
- Don Juan.* ¿En dónde estará María?
- Prado.* Ingrata! (Se oye ruido de carruaje.)
- Pedro.* No oís! (Se asoma al balcon.)
- Perez.* Un coche
que parte como centella.
- Don Juan.* (Receloso.)
¿ María? dónde ha ido? (Relámpago.)
- Pedro.* (Santiguándose.) Jesús! los he conocido....
Don Daniel se vá con ella.....
- Don Juan.* Un rapto!
- Pedro.* (Se retira del balcon.) La señorita
o se fuga o la han robado.
- Prado.* (Incorporándose.)
María! fue....go.... (Relámpago.)
- Don Juan.* (Yendo al balcon) Malvado!
- Perez.* ¿Qué noche!
- Pedro.* Jesús! (Relámpago.)
- Don Juan.* (Fuera de sí) Maldita!
Tú en el fango! i él ladron!
De tí, de tu amor reniego. (Relámpago.)
Mij rayos!
(Cae un rayo en el balcon, i Don Juan cae de rodillas.)
- Todos.* Ah! (Prado vuelve a desmayarse.)
(Pausa.)
- Don Juan.* (Se levanta a tientas) Luz!
- Perez*
i Pedro. } (Mirándose consternados.) ¡ Oh!
- Don Juan.* (Con desesperacion) ¡ Ciego!
¡ Asesinos! ¡ Maldicion!
- (Cae desplomado en brazos de Perez i Pedro.)

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

LA NIÑA I EL CIEGO.

La escena representa un patio con árboles floridos.—Puerta al fondo que dá a la calle; otra a la derecha, que lleva al interior de la casa.—Un escaflo en primer término.—Amanece.

ESCENA PRIMERA.

CRISTIANA aparece cojiendo flores i formando un ramillete. •

Cristiana. Dejo el lecho presurosa,
i contenta vengo aquí,
donde admiro cuán hermosa
viste el alba de oro i rosa,
de esmeralda i de turquí.
Ya la aurora soberana
perlas deja en cada flor;.....
ya 'se oculta.... La mañana,
entre ruidos llega ufana
miétras trina el ruiseñor!
Qué placer i qué alegría!
ya no hai sombras! todo es luz!
Ai! qué loca! todavía
mis plegarias a María
aun no clevo ni a la cruz!

Oye, vírjen: yo te pido (De rodillas.)
por mis padres con fervor,
por el pobre desvalido,
por los niños. . . . yo no olvido
que eres madre del amor! (Pausa.)

Años cumple mi amorosa (De pié.)
madre tierna. Del verjel
azucena, nardo i rosa (Cojiéndolas.)
la dirán. . . alguna cosa
de mi afecto de hija fiel.

Flores bellas, gayas flores,
gala i lujo del pensil,
vuestros plácidos olores
simbolicen los amores
de mi pecho juvenil!

(Finjo que persigue un pajarito hasta ocultarse por la izquierda.)

ESCENA SEGUNDA.

MARÍA I DANIEL. [Por la izquierda.]

Daniel. I Cristiana?

María. No la veo.

Con el alba despertó,
i, sin duda, luego vino
la salida a ver del sol.
Tú no ignoras que esa niña,
que resume nuestro amor,
de poeta el alma tiene.

Daniel. Vanidosa!

María. Bueno Dios,
como un anjel de consuelo
al hogar nos la envió!

Daniel. Es verdad! Reminiscencias
de un pasado de dolor,
siempre grata su sonrisa
de querube disipó.
Mas, hoi fija en la memoria
tengo aquella noche atroz.
Cuántos años?

muchas veces eclipsó.
Ai triste! mi padre anciano,
¿en dónde estará!

Daniel.

Valor!

María.

Nunca obtuve de él noticias.
¿Cuánto anhelo su perdón!
¿Qué será de su existencia?

Daniel.

Ten fé.....

María.

¡Sí!

Daniel.

I espera. Dios
a tu padre habrá, María,
dispensado su favor.

María.

Plegue al cielo me conceda
su fecunda absolucion!

Daniel.

Que llegamos hace apenas
diez días.

María.

En el vapor
por él preguntaba ansiosa,
¿nadie me dió razón.

Daniel.

Ten paciencia. Mis pesquisas
seguirán de sol a sol,
¿he de hallarle al fin, María.

María.

(Con dolor.) Padre del alma!

Daniel.

(Con solicitud.) Valor!

ESCENA TERCERA.

DANIEL, MARÍA Y CRISTIANA. Esta vendrá por el fondo, con el ramillete en una mano y el pajarito en la otra, tarareando una canción.

Daniel.

¿De dó viene la alegría,
el lucero del hogar?

María.

¿De dó viene?

Cristiana.

De robar
lindas flores, madre mia.

(Se besan.)

Daniel.

Hurtar flores al jardín
no es pecado.

María.

Claro está,
no es delito.

Cristiana.

Nó, mamá,
si se cojen con buen fin.

- Daniel.* ¿ Con qué fin las has tomado ?
Cristiana. Para hacer un ramillete. (Sonríe.)
Daniel. Picaruela..... (Lo hace un mimo)
María. Que interprete.....
Cristiana. Lo que habeis adivinado.
Jentil ramillete hice
como obsequio que en tu día
te da el amor, madre mia,
de tu Cristiana.
- Daniel.* Felice
idea se te ocurrió!
Son las flores un poema.
Cristiana. De mi afecto fiel emblema
las traigo orgullosa yó.
Ellas digan a mi madre (Dándoselas.)
que la adoro con ternura!
María. Anjel mio! (Tomándolas.)
Daniel. Qué criatura!
María. Mi consuelo! (Besando a la niña)
Cristiana. (Enternecida.) Madre! Padre!
María. El regalo de tu amor
agradezco, mi Cristiana;
tu mamá recibe ufana
un cariño en cada flor!
Cristiana. Gracias mil, mamá, te doi
por tu halago.... ¡ Qué tus días
siempre traigan alegrías!
María. (Con efusion.) Qué feliz contigo soi!
Daniel. Hola! niña, ¿ un pajarito
traes tambien en esa mano?
Cristiana. Sí, volaba; pero en vano,
que cautivo.....
María. Pobrecito!
Daniel. ¿ Por qué lo cojiste, di?
Cristiana. És un tierno ruiseñor.
María. Con lamentos de dolor
se queja quizás de tí.
Cristiana. ¿ Qué dices, mamá! verdad?
María. Sin nido.... esclavo.... Cristiana.
Cristiana. (Enternecida.) Yó verdugo! yó tirana!
(Vá al fondo.) Recobra tu libertad!
(Deja ir el pajarito.)

- María.* (Abrazándola) Así te quiero, bien mio:
con el débil jenerosa!
- Cristiana.* ¿Cómo tú, mamá?
- María.* (Besándola.) Graciosa.
- Cristiana.* (Conmovida.) Quiero llorar... i... me rio!
- Daniel.* (Aparte.) Si este grupo encantador
nuestro padre contemplara,
hoi tal vez nos perdonara.....
- Don Juan.* (En el fondo) La caridad del Señor!

ESCENA CUARTA.

CRISTIANA, MARÍA, DANIEL, I DON JUAN, ciego, i en
traje de mendigo.

- María.* (Bajo, a su esposo)
Daniel, Daniel! ¿has oído?
- Daniel.* (Idem.) Estoy soñando?
- Cristiana.* En la puerta
un pobre limosna pide.
Ah! yo tengo una moneda. (Corro al fondo.)
- María.* Esa voz me ha conmovido!
- Daniel.* Tambien a mí.
- María.* (Ansiosa.) Oh! si fuera.....
(Vá húa la puerta i retrocede.)
- Don Juan.* (En el fondo.) El cielo os lo pague, niña,
con usura en dicha eterna.
- Cristiana.* Infeliz! mendigo i ciego.
{Se quedan conversando.}
- María.* (a Daniel) Es él! Dios mio!
{Va a caer desplomada i Daniel la sostiene i la sienta.
Prorrumpo en llanto.}
- Daniel.* Silencia
tu justo pesar, María.
Que Cristiana nada sepa.
- María.* ¿Que piensas, Daniel?
- Daniel.* ¿Olvidas
de don Juan los anatemas?
Hagamos por nuestro padre
cuanto posible nos sea,
sin que sospeche de donde
recibe.....

María. (Con dolor.) ¡Nó! La conciencia inexorable me acusa.

¡Sí, déjame que le vea,
que le hable, aunque fulmine
otra vez sus anatemas.

Daniel. No, María, bendigamos
a la sabia Providencia
que nos abre bondadosa
de expiación propicia senda!
Si tu padre, que sus hijos
aquí viven supusiera.....

María. ¡Qué!

Daniel. Nunca, jamás pisara
los umbrales de esa puerta.

María. Prosternada de rodillas,
del amor con la elocuencia,
le diré que me perdone
en el nombre de su nieta!

Daniel. No es tiempo.

María. Dios mío!

Daniel. Calma!

Las desgracias no domeñan
caractéres tan altivos
como el suyo.

(Pausa.)

María. (Se enjuga las lágrimas, hace un esfuerzo i se levanta
del escaño.)

Pues bien, sea.

Ahogaré la voz del alma,
de dolor el alma opresa!
Finjiré... ¡terrible lucha!
la mayor indiferencia!
Pero déjame ¡infelice!
que le asista, que le vea,
si no quieres que de angustias
agonize, i que me muera!

Cristiana. (Trae de mano al ciego.)

Venid, anciano. Mis padres
la limosna nunca niegan.
Os presento, padres míos,
un pobre que pordiosea
a causa, según me dice,
de cien desgracias tremendas.

El buen anciano me inspira
cariño, madre, de veras;
pues pobre i ciego.....

María. (Llorando.) ¡Qué escucho!

(Va a arrojarse a los piés de don Juan, i enciende sus fuerzas en el escudo, sostenida por Daniel.)

Don Juan. (Aparte, sorprendido.) Ese acento!

María. (Suspirando.) Ah!

Daniel. (a María.) Prudencia!

Don Juan. (a Cristiana.) ¡Cómo se llaman tus padres?

Daniel. (Tapa la boca a la niña, i dice.)
Lucía i Manuel.

Cristiana. (Ap.) Qué idea!
Por qué mi padre habrá dado
contestacion tan incierta?

Don Juan. (Ap.) Tambien la voz de este hombre
en mis oídos no suena
por vez primera! La niña
me dirá.

María. (Aparte, con desaliento.) ¡Quién lo creyera!

Don Juan. Buenas jentes, me retiro.

Cristiana. Os invito a nuestra mesa.
Pasad aquí todo el día.

Don Juan. Gracias, niña; sois muy buena.

Cristiana. Dí, mamá: ¿no das tu voto?
Tú, papá: ¿no das tu venia?

María. Me adhiero, hija del alma,
a todo cuanto descas!

Daniel. I yo os pido.....

Cristiana. Pues es claro,
que acepteis.

Don Juan. Gracias.

María. (Suplicando.) Por ella.... (Pausa.)

Don Juan. (Después de reflexionar.)
Por ella vuestra alegría
turbaré con mi tristeza.
Perdonad si vuestra casa
rica alberga mi miseria.

María. La mano dale, Cristiana;
condúcele. (Se levanta, apoyada en Daniel.)

Don Juan. (Pensativo.) Si yo viera!

Cristiana. Yo seré su lazarillo.

Don Juan. Bendita por siempre seas!

Cristiana. Descansad en este escaño. (Lo sienta.)

Daniel. (Aparte a Cristiana.)

Un instante al ciego deja
i ven, niña, que tu madre
hablar contigo desea.

[Se va por la derecha con María.]

Cristiana. Tengo que hacer. Vuelvo pronto.

No me digáis majadera. (Signe a sus padres.)

ESCENA QUINTA.

DOX JUAN.

Don Juan. Cuánto sufro! Todavía
no he podido dominar
mi carácter iracundo,
mis ideas... aunque yá
tantos años he luchado
contra ruda adversidad.
¡Once años de agonía
sin tregua! de zozobrar!
Su fuga...! ciego...! mi ruina!
Sin hija... sin capital!
De todos abandonado!
Viviendo de caridad!

Cuán ingratos fueron Pedro
i el español oficial!
Los intereses de España
defendí como el que más;
acérrimo anexionista
siempre fuí... ¡fatalidad!
En premio de mis servicios
a la causa colonial,
huyeron, cual de un leproso,
de mi inútil amistad,
los mismos por quienes torpe
perdí crédito i caudal!
Mas, a España yo no acuso,
aun despues de recordar

ESCENA SESTA.

DON JUAN I CRISTIANA.

Cristiana. [Aparte.] —Que sus nombres son Lucía
Ortiz i Manuel del Pino.—
Raro plan que no adivino.
Esto huele a buen humor.
—Que mi padre es fiel cristiano,
por sí piensa que es hebreo.—
Un misterio en esto veo.
Al mentir ¿tendré valor?
Fiel conservo en la memoria
la lección, i en ello privo!
[Al ciego] Qué os mantiene pensativo,
buen anciano? (Se sienta a su lado.)

Don Juan. (Suspirando.) ¡Ai de mí!
A la vida de mendigo
tantos años obligado,
es preciso que a tu lado
algo extraño sienta aquí. (Señala el pecho)
Es mi pecho un grande osario
de ilusiones que murieron.
Oh! las dudas invadieron
con su escarcha el corazón!
Tú, graciosa, tan sensible,
cual un anjel inocente,
tempestades en mi frente
no reparas.

Cristiana. (Aparte.) Qué emoción!
(A don Juan.) Soy mui jóven, i del mundo
poco he visto todavía;
pero ruego noche i día
por el triste pecador.
Mis padres allá en Colombia,
dó el amor meció mi cuna,
me retirieron alguna
que otra historia de dolor.
Por ellos hé de mi prójimo
mil dolores aliviado.
Es tan bueno ser amado
del que sufre...! ¿no es verdad?

Me inspira interés quien llora!
Me enamora cualquier niño!
Miro al pobre con cariño,
con amor la ancianidad!
Llorad si os place, que a nadie,
señor, vuestro llanto enoja;
¿quién al ver vuestra congoja
no os tuviera compasión?

Don Juan. Gracias, niña; tus palabras
me revelan un tesoro.
Pobre i ciego nunca lloro;
tengo seco el corazón!

Cristiana. ¡Infeliz!

Don Juan. Por vez primera,
contrariando mi destino,
hoi encuentro en mi camino
este oasis bienhechor! (Pausa.)
Tu nombre aún no me has dicho.
¿Te llamas, cómo?

Cristiana. Cristiana.

Don Juan. Oh! puedes llevarlo ufana;
eres digna de él.

Cristiana. Señor!

Don Juan. (Con marcado interés.)
Tu padre, Manuel.....

Cristiana. Del Pino.

(Aparte.) Yó mintiendo, vírjen pía!
Don Juan. I tu madre?

Cristiana. Ma.... Lucía.

(Aparte.) Qué trabajo da mentir!
Don Juan. Esos nombres i apellidos
son cristianos, i yo creo
que es tu padre, niña, hebreo,
si he podido bien oír.

Cristiana. Oh! Dios mio! ¿Qué pensais?
Mi nombre, sin duda alguna,
os prueba que, por fortuna,
Jesucristo es nuestro Dios.
Mi familia—padre i madre—
es católica romana;
por eso, señor, Cristiana
me llamo. (Aparte.) ¡Suplicio atroz!

- Don Juan.* Ya yo estoy decrepitando.
'Tienes razon. . . . claro. . . . es cierto;
mi profundo error advierto. . .
he soñado. . . . fué ilusion!
- Cristiana.* (Ap) Me parece que el buen viejo
por instantes desvaría. (Se acerca a ver las flores)
- Don Juan.* (Ensimismado.) Desde aquel funesto dia
la espulsé del corazon!
En las ondas del olvido
sumerjé su infáusta historia;
mas hoi surge a mi memoria
evocada por Luzbel!
Hija ingrata! mis desdichas
son los gajes de tu fuga;
de mi frente cada arruga
tu conducta acusa cruel! (Pausa.)
(Bajo.) Estas jentes! El acento
de la madre conmovido
me tiene como aturdido.
Oh! si yo pudiera ver! (Se queda abstraído.)
- Cristiana.* (Ap) Qué murmura por lo bajo?
Está pensativo i sério.
Infeliz! algun misterio
en su vida debe haber!

ESCENA SÉTIMA.

DON JUAN, CRISTIANA, DANIEL I MARÍA,

(Los dos últimos llegan por la derecha.)

- Daniel.* (En la puerta.) De la sabia Providencia
respetemos los arcanos:
ella cumple sus designios
por un medio inesperado!
Cuán lejos están, cuán lejos
esa niña i ese anciano
de sospechar que los ligan
tan estrechos dulces lazos!
- María.* Oh! yo accepto el sacrificio,
i me inclino ante sus fallos!

(Bajan al proscenio.)

- Cristiana.* Otra vez a la tertulia
de la niña i el anciano
mis padres vienen. . . .
- Daniel.* I gozan
al veros tan bien hallados,
como suelen dos amigos
pasar el tiempo charlando.
- María.* Por mi parte yó celebro
tan injenuo i dulce trato.
- Don Juan.* Bondadosa vuestra niña
tal favor me ha dispensado;
que los niños siempre miran
a los pobres viejos canos
con afecto compasivo.
- Cristiana.* Lo merecen. . . no son malos.
- Don Juan.* Asi juzga la inocencia.
- Cristiana.* Mi mamá me lo ha mostrado.
- Don Juan.* ¡Qué graciosa es esta niña!
Dios la guarde! Muchos años,
mas felices que este viejo
de la suya abandonado,
os alegre la existencia.
- Cristiana.* Dios escuche al buen anciano!
- Don Juan.* Si supiérais qué consuelo
hoi mitiga mi quebranto!
Si supiérais cuánto sufro
mientras habla, sinembargo!
Porque admiro sus virtudes,
porque hechiza con su trato,
i mi loco pensamiento
cierta historia comentando
me atormenta, pues me fuje
otra niña de sus años!
- Cristiana.* La perdísteis?
- Don Juan.* Era un sueño!
- Cristiana.* Fuése al cielo?
- María.* (Ap.) Padre amado!
- Daniel.* ¿Teneis hijos?
- Don Juan.* Fecha triste!
- Cristiana.* Se murieron?
- Don Juan.* Fuera ingrato
si ocultara por mas tiempo

lo que tengo aquí encerrado.

(Indica el pecho — Pausa.)

Yo era padre i era viudo;
contaba cincuenta años;
de tres hijos una niña
el cielo dejó a mi lado.

La eduqué con sumo esmero;
pretendíola un castellano,
comandante noble, altivo,
que me fué recomendado,
i por un intruso hebreo
del ibero no hizo caso.

Yo negué su mano al otro;
terció don José del Prado,
que era él bizarro, i digno
de mi hija; ¡todo en vano!

Se bate con el judío
el futuro. provocado;
a los tiros cesa el baile;
a la calle nos lanzamos,
i herido en tierra yacía
el español, desmayado.

Era noche para el crimen!
Terrible noche de rayos!

Al herido rocojimos
i a mi casa lo llevamos,
i ¡oh dolor! con el hebreo
la ingrata habia fugado!

Cristiana. Jesús! dejar por un hombre
a su padre. . . . !

María. Hija!

Cristiana. Claro,
es un crimen!

Daniel. (Ap.) Ah!

María. (Ap.) ¡Dios mio,
el cáliz es mui amargo!

Cristiana. Seguid. . . .

Daniel. (Ap.) Qué porfia!

Don Juan. (Dejé.) Corro
al balcón precipitado;
las tinieblas de la noche
interrumpen los relámpagos. . . .

En un coche van. . . . se fugan!
Los maldigo. . . ! Cae un rayo!
¡Un minuto que es un siglo!
Pido luz!

- Daniel.* (Compadecido.) Infortunado!
María. (Ap.) Perdóname, vírgen pía!
Cristiana. (Al ciego.) Seguid!
María. (Ap.) He llorado tanto!
Don Juan. Pido luz! i estaba. . . . ciego!
(Cae abatido en el escudo.)
María. ¡Ab! (Daniel la sostiene.)
Cristiana. ¡Ciego?
Don Juan. ¡abandonado!
(Queda abismado, con la cabeza entre las manos.)
Cristiana. ¡Qué fué mamá!
Daniel. (Bajo.) Calla, niña;
es un lijero desmayo.
Ya vuelve. . . . mira. . . .
María. (Suspirando.) Fué sueño?
Cristiana. Nó, mamá.
Daniel. (A María) Valor!
Don Juan. (Para sí) Ingratos!
Cristiana. (Ap.) ¡Qué sucede? ¡Virgen pura,
ampara a los desgraciados!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.



CONFIDENCIAS I SORPRESA.

Decoracion de sala. Puerta de salida por el fondo. A la izquierda puerta que dá al interior. Balcon a la derecha. Muebles de lujo. En una de las mesas habrá un timbre. Es de tarde.



ESCENA PRIMERA.

CRISTIANA I DON JUAN.

Cristiana. Es forzoso descansar
de nuestro largo paseo. (Se sientan.)

Don Juan. Hija mia, aunque no veo
para mí no es mucho andar.
A tu lado siempre olvido,
pobre ciego majadero,
que soi, niña, un pordiosero,
i que nos separa.....

Cristiana. Os pido
que no lo digais, anciano,
si no quereis que me ofenda;
Jesús mandó que se tienda
al desvalido la mano.

- Sois un viejo que merece,
mas que lástima, cariño.
- Don Juan.* La tierna piedad del niño
alivio al dolor ofrece!
- Cristiana.* Una sorpresa os preparo
bajo cierta condicion.
- Don Juan.* Dila, pues.
- Cristiana.* Que la razon
me digais de vuestro raro
encono, contra cualquiera
que profese el culto hebreo.
- Don Juan.* Porque en cada cual yo creo
que el hombre oculta una fiera;
porque mis canas manchó
en mal hora, niña, aquel
que, inspirado por Luzbel,
hija i honra me robó!
- Cristiana.* Del rapto o fuga el porqué
descubrir pretendo en vano.
- Don Juan.* Ya te dije que su mano
pretendió i lo desprecié.
Un duelo a muerte surgió
a solas, con asechanza,
i perdida la esperanza
su inicuo plan realizó.
- (Poniendose de pié.)
Artero ladrón de honor,
en las sombras de la noche
¡Ojalá sobre su coche
tremendo el rayo . . . !
- Cristiana.* Señor!
no llegueis a tal exceso!
Estais pálido! Dios mio!
- Don Juan.* Mi honor infamó un judío!
a todos odio por eso!
- Cristiana.* I era, acaso, aquel señor
indigno de vuestra hija?
No os sorprenda que os dirija
tal pregunta.
- Don Juan.* Por favor
mi amistad le concedia,
i abusó de la ocasion:

su mentida relijion
tal favor no merecia.

Cristiana. No es eso lo que deseo
saber.

Don Juan. I qué?

Cristiana. Si era indigno
el jóven de amarla.

Don Juan. Digno
ser no pudo aquel hebreo.

ESCENA SEGUNDA.

CRISTIANA, DON JUAN I DANIEL.

Daniel. Segun vos ha delinquido
el que no nace cristiano.
¿No es injusto, por tirano,
ese modo de pensar?

Don Juan. Lamento mucho, a fé mia,
que mi doctrina no os cuadre;
mas yó aprendí de mi padre
un solo Dios a adorar!
I esos cultos que forjaron
el impuro paganismo,
el avaro judaismo,
el error o la impiedad;
por doquier i a todas horas
con teson los persiguiera
i con ellos concluyera.

Daniel. ¿Poder de la ancianidad!

Cristiana. Pues yó, señor, soi cristiana,
i no admito tal idea:
¿tambien en la jente hebrea
tiene altares la virtud!

Daniel. Privilejios! ¿quién ignora
que el antiguo judaismo
cuna fué del cristianismo?

Don Juan. ¿Qué siglo! qué juventud!

Cristiana. ¿Qué culpa tiene tampoco
aquel que nació judío?

Daniel. Yo sé de un amigo mio

que con cristiana mujer
en hora feliz los lazos
estreehó del himeneo,
i es honrado siendo hebreo,
i es esclavo del deber.

Una hija tuvo hermosa,
de su madre fiel trasunto,
que nació i llevada al punto
fué a la pila bautismal.

Cristiana. (Comprendiendo la alusion.)
I se quieren mucho. . . .

Daniel. Se aman
con ternura i dulce anhelo. . . .

Cristiana. Cual los querubes del cielo!

Daniel. I Dios los libra de mal!

Don Juan. (Preocupado.) Es estraño!

Cristiana. Pues la niña,
por voluntad de su padre,
ha seguido de la madre
la cristiana relijion.

Daniel. Os lo afirmo.

Don Juan. I es bien raro,
porque cada cual desea
que afecto a su culto sea
el hijo del corazon.

Daniel. Pues os muestra la evidencia
que hai escepciones honrosas.

Don Juan. Me estais diciendo unas cosas
que me obligan a pensar.
¿Con que es posible que el hombre
se enamore de tal modo,
que todo lo ofrende, todo,
en aras del dulce hogar?

Daniel. Indudable! i vuestra hija
igual triunfo habrá logrado,
si los cielos la han brindado
con el fruto del amor.

Cristiana. Por qué no? Tendrán un niño
cristiano como su abuelo.

Don Juan. És tu acento voz del cielo
que mitiga mi dolor!

(Cristiana toca el timbre i aparece un criado.)

ESCENA TERCERA.

CRISTIANA, DON JUAN, DANIEL I EL CRIADO.

- Criado.* (A Daniel) ¿Habeis llamado?
Cristiana. Yo he sido.
(Al criado.) Vete a casa del señor
Acosta, dile que venga.
Daniel. ¿I quién lo requiere?
Cristiana. Yó.
I os suplico, padre mio,
no os enoje mi intencion
nacida de un buen deseo.
Daniel. Ya sabes, niña, que soi
liberal, i siempre apoyo
toda buena inspiracion.
Criado. Pues entonces, señorita,
con el recado me voi. (Vase.)
Daniel. (Ap.) Cuánto quiere al pobre ciego!
¡Justicia eterna de Dios!

ESCENA CUARTA.

CRISTIANA, DANIEL I DON JUAN.

- Cristiana.* (A D. Juan, con gracia.)
Os habeis quedado mudo;
¿no os basta con ciego ser?
Don Juan. Vuestros juicios i opiniones
aunque mui libres, a fé,
sin que me explique la causa,
me inspiran sumo interés.
Daniel. Pues es claro: mal que os pese,
os queda en el alma, fiel,
un destello de esperanza. . . .
Don Juan. Oh! jamás los quiero ver!
No quiero, digo. . . ! ¡Dios mio,
piedad de este ciego ten!
Daniel. Ellos son mas desgraciados,
pues quizas anhelan ser

perdonados i admitidos
por su padre, mientras cruel
vos, señor, los rechazáis,
maldiciéndoles tambien!

Don Juan. Con motivo.

Cristiana. Qué severo!

Daniel. La conducta de ambos fué
digna, sí, de vuestro enojo;
pero de cristianos es
perdonar la torpe injuria.

Don Juan. Nó, jamás perdonaré!

ESCENA QUINTA.

CRISTIANA, DON JUAN, DANIEL, I MARÍA por la izquierda.

María. Jesucristo a perdonar
humilde nos enseñó.

Don Juan. Sí, señores; pero nó
vil deshonra a tolerar.

María. (Ap.) Implacable!

Daniel. Tal deslíz,
amor contrariado escusa.

Don Juan. Qué defensa! los acusa
esta víctima infeliz.
De mi frente en cada arruga
estampada, por mi mal,
de vergüenza la señal
ha quedado por su fuga.

Daniel. I si al instante casados
en templo cristiano fueron,
¿qué dijérais?

Don Juan. Si lo hicieron,
que están, digo, amancebados!

María. Ah!

Daniel. Nó!

Cristiana. Padre ¿cómo es eso?

Daniel. El buen anciano se engaña,
hija mia; nunca daña,
no es motivo de gran peso
que dos cónyuges difieran

en su culto o religion,
con dispensa i corazon
hasta i sobra que se quieran.

María. Cumplimos con un deber
por . . . aquellos abogando!

Don Juan. (Ap.) Yo no sé que siento cuando
oigo hablar a esta mujer. (Pausa.)

Cristiana. Poco curioso, a fé mia,
es el viejo; no me pide
la sorpresa.

Don Juan. Que la olvide
no presumas todavía.

ESCENA SESTA.

CRISTIANA, DON JUAN, DANIEL, MARÍA, I EL DOCTOR.

Doctor. (En el fondo.) Si dais permiso. . .

Daniel. Adelante.

María. Sed bien venido, doctor.

Doctor. (Saludando.) Mi señora. . . caballero.
(Daniel le da la mano i lo hace sentar.)

Cristiana. (Al ciego.) Ha llegado la ocasion
de daros, mi buen amigo,
la sorpresa.

Don Juan. Sí?

Cristiana. Doctor,
os presento un hombre ciego. . .

¡Fácil es su curacion?
Robóle la luz un rayo,
que en mal hora lo cegó.

María. Qué pretendes?

Cristiana. Madre mia,
ya lo ves: mi proteccion
por vosotros dar modesta,
por servir i amar a Dios,
al anciano respetable
que el cielo a mi hogar guió.

María. Del hogar el ángel eres!

Don Juan. Yo no sé tanto favor
como pagaros.

Cristiana.

Dejando
que os curen cual quiero yó.
Sombreada por un árbol
donde trina el ruiseñor,
os espera fresca estancia
que benigno alegra el sol.
Pasaréis allí los días
de vuestra cura. . . .

Don Juan.

Por Dios!

¿a qué debo tanto afecto?
¿a qué debo tanto honor?

Doctor.

Sin duda a que vuestras canas
inspiran veneracion.

María.

Haga Dios surjir la vista
de las manos del doctor!

Daniel.

(Al doctor.) Proceded cual lo dispone
Cristiana.

Cristiana.

Mi madre i vos.

Doctor.

Por mi parte haré, señores,
contando con el valor
i prudencia del enfermo,
con placer la operacion.
(Examinándole.) ¡Cuántos años hace, amigo,
que la centella os cegó?

Don Juan.

Once.

Doctor.

Tantos años, ciego?

Don Juan.

I mendigo, si señor!

María.

(Ap.) Dame fuerzas, Jesucristo!
no me vendas, corazon!

Doctor.

¿Por qué en manos de la ciencia
no os pusísteis?

Don Juan.

Por qué? Oh! (Se levanta.)

Porque vuelto fiero estaba!
por no ver mi deshonor
paso siendo de los pérfidos
(Con ironía.) amigos que tuve yó!
(Con dolor.) Por no ver mi hogar desierto!
porque estaba pobre, por. . . .

Doctor.

Calmaos. Teneis los párpados
cerrados por contraccion;
mas, poned de vuestra parte
i os prometo, por quien soi,

a los ojos darles vista,
dar alivio al corazon.

Cristiana. Me ofrezco de practicante,
si os parece bien, doctor.

Doctor. Os admito. Sois discreta.

Cristiana. Sé cumplir mi obligacion.
(A D Juan.) ¡Os agrada la sorpresa!
Os quedais?

Don Juan. Por tí. ¡Mi Dios!
¡Por qué vienen los querubes
a este campo de dolor?
De virtudes un dechado,
ánjel, es tu corazon.
Resistir no puedo, niña,
el hechizo de tu voz;
en tus obras de inocencia
hai tan pura fé i uncion,
que por verte ver ausib
aunque muera al ver el sol!

María. (A Cristiana.) Un rayo de luz tu frente
virjinal, propicio lirió!

Don Juan. Dios bendiga a vuestra hija!

Cristiana. A todos bendiga Dios!

Doctor. Qué de lágrimas enjuga
la piedad, divino amor!
De esta niña los desvelos
por el ciego, prendas son
de virtud i de cariño.

Cristiana. Sois mui galante, doctor.

Doctor. (De plé) Si dispuesto estais, buen hombre,
no perdamos la ocasion.
Ensayemos. Practicante,
conducidnos.

Cristiana. Como nó!
(Al ciego.) Venid pues, que ya os aguardan
mis flores que besa el sol,
i cerca, de rama en rama,
cantando mi rui señor!

Don Juan. ¡Derrama tus dones siempre
en aqueste hogar, buen Dios!

(Cristiana i el doctor dan el brazo al ciego i se van por la
izquierda con él.)

ESCENA SÉTIMA.

DANIEL I MARÍA.

- María.* Padezco mucho, Daniel,
la voz finjiendo i callando.
¡Hasta dónde i hasta cuándo
apuro el cáliz de hiel?
- Daniel.* Casándote con hebreo
aceptaste un sacrificio.
- María.* Nó!
- Daniel.* Por mí son un suplicio
los lazos del himeneo.
- María.* No digas eso, por Dios,
que me causas mucho daño.
- Daniel.* Rendimos culto al engaño. . . .
- María.* Por él, por ella. . . .
- Daniel.* Los dos
vagamos en un vacío
de tormento i de inquietud.
- María.* Nos salvará la virtud
de Cristiana, esposo mio.
- Daniel.* Es verdad: la Providencia
castiga de un modo extraño
el mal, el profundo daño
que causara mi imprudencia.
- María.* Se vale del ángel bueno,
bendicion de nuestro hogar,
para el cáliz apartar
do libamos el veneno.
- Daniel.* (Refleccionando.) Con toda cordialidad
tu padre nos aborrece.
- María.* ¿No esperas que el odio cese
por nuestra hospitalidad?
- Daniel.* Todavía nada veo
de su clemencia en abono;
acerbo i mortal encono
alienta contra el hebreo.
- María.* Mas la santa gratitud

que nuestra hija le inspira,
esa atmósfera en que aspira
perfumes de su virtud,
por saludable reaccion
pueden quitarle la venda. . . .
¡Dios mio, traza la senda
que nos lleve a su perdón!

ESCENA OCTAVA.

DANIEL, MARÍA I CRISTIANA.

- Cristiana.* Disimulad, padres míos,
si os interrumpo indiscreta.
- María.* La que tan bien se conduce
jamás en mal hora llega.
- Cristiana.* Gracias, mamá.
- María.* Qué te guía?
- Cristiana.* Contando con vuestra venia,
vengo el móvil a deciros
de mi plan. . . . de mi ocurrencia.
- Daniel.* Nos basta, niña, nos sobra
con saber que es noble i bella
la intencion que el plan indica.
- María.* La intencion, sin duda, es buena.
- Cristiana.* Otra vez agradecida
la niña mimada os queda;
pero anhelo, padres míos,
que sepais mi humilde idea.
- María.* Emite, pues, tus razones
ya que tanto lo deseas.
- Cristiana.* Cavilosa i angustiada,
al dolor del ciego atenta,
vi sus lágrimas, sintiendo
que posible no me fuera
a sus brazos paternos
devolverles hija i. . . nieta.
- María.* Corazon que el bien inspira
tu amoroso pecho encierra;
no desoigas, hija, nunca,

esa voz de tu conciencia!
i prosigue. . . .

Daniel. Sí, prosigue. . . .

Cristiana. El juzga a la jente hebrea
maldita raza. . . .

Daniel. Fanático!

Cristiana. I tiene por dolo i mengua,
que su hija se fugara
para casarse en iglesia
cristiana con un judío
de la maldita caterva;
i a la esposa de un hebreo
la llama, madre, manceba.
Católica soi; adoro
a Dios i a la vírjen bella;
pero, asi como mi padre
de Cristo el culto respeta,
probando con mi bautizo
cuan libres son sus ideas;
nosotros que profesamos
la relijion nazarena
ser debemos tolerantes
con la relijion hebrea.

Daniel. Creciendo vas, hija mia,
en mi concepto. De veras,
me tiene mui complacido
tu precóz intelijencia.

Cristiana. Las flores que dan los padres
no envanecen, lisonjean!

María. Prenda mia!

Cristiana. Me propuse
volver al redil la oveja
descarriada, i puse en juego
mi ya pública sorpresa.

María. Dí, Cristiana, i del anciano
si vuelve a la luz qué esperas?

Cristiana. Espero, madre del alma,
¡que el cielo a mi lado vea!
que a mis padres por su cura
cual hijos bendiga i quiera!
que no dude al hombre honrado
la mano dar aunque sea

fanático furibundo
de la mas errada secta.
Entónces, ya persuadido
de nuestras sanas ideas,
su alborozo aprovechando,
le hablaré de esta manera:
Esta niña, que Cristiana
bautizó romana iglesia,
es la hija de un hebreo:
¿valdrá ménos vuestra nieta?

María. (Besándola.) Virgen santa, tú le has dado
inspiracion evanjélica!

Daniel. Hablar ¡oh Dios! le permites
con la voz de tus profetas!

ESCENA NOVENA.

DANIEL, MARÍA, CRISTIANA I EL CRIADO.

Criado. Don Daniel, de parte vengo
del anciano i del doctor
a deciros que éste hizo
detenida observacion.

Cristiana. En mi ausencia. . . mui mal hecho!

Daniel. ¿I qué en los ojos notó?

María. ¿El resultado habrá sido
satisfactorio a los dos?

Criado. (A Daniel) El médico desconfía
de que vuelva a ver, señor. (Vúse.)

María. (Ap.) Qué escucho!

Daniel. Terrible prueba!

María. (Ap.) Se me parte el corazon!

Cristiana. (Llorosa.) ¡Qué desgracia, madre mia. . . !

Daniel. Valor, queridas, valor!

Cristiana. Corramos, padre, a su lado!
Mi esperanza se halla en Dios!

Daniel. Vamos hija. . . . Tú, María. . . .

María. Mi recurso es la oracion!

(Vanse Daniel i Cristiana)

¡Dios mio! haz que mi padre
torne a ver brillar el sol!
¡Pon tus luces, Providencia,
en las manos del doctor!

(Permanece orando de rodillas.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

—*—
¡LUZ!
—

Sala sencillamente amueblada. Puerta al fondo. Ventana a la izquierda. A la derecha dos puertas que dan al interior. Un velador con una lámpara cuya luz se conserva baja. Anochece.

ESCENA PRIMERA.

—
DON JUAN I CRISTIANA.

El ciego, decentemente vestido, trae una venda en los ojos. La niña le conduce de la mano.

Cristiana. Las seis! Todo descansa
de la fatiga del día.
El ruiseñor, sobre el árbol
do siempre posado trina,
su canto silencio, vuela,
i en árbol distante anida!
La luna creciente asoma
i lánguidamente brilla!
¡Cuán bella! cuán melancólica
la noche sube, i el día
cuán fatigado descende!
cómo entre sombras espira!

Don Juan. Para ver tus obras dame
Dios de los buenos la vista!
i ver el alma en los ojos
de aquesta piadosa niña!

Cristiana. Tener de Job la paciencia
es gran virtud. (Lo mismo.)

Don Juan. Hija mía,
tus palabras son el bálsamo
que mis dolores mitiga.
Del cielo yo no me quejo;
mas dudo obtener la vista,
i entónces la carga enorme
me abruma de aquesta vida!

Cristiana. No desconfieis. La esperanza,
color de cielo, nos brinda
un áncora salvadora
en nuestra virgen María!
Orando todas las noches,
orando todos los días
junto a mi madre, confío
que no ha de tardar la vista.

Don Juan. Acója el cielo las preces
de la madre i de la hija!

Cristiana. Tambien el señor Acosta
hoi en todas las visitas
conmigo bromas gastaba,
rebozando de alegría;
i sin esfuerzo deduzco,
por tales felices síntomas,
que ya el doctor la certeza
con noble orgullo acaricia
de daros la luz, diciendo,
por Dios inspirado: ¡mira!

(Dá luz a la lámpara que habrá en el velador.)

ESCENA SEGUNDA.

DON JUAN, CRISTIANA, I EL DOCTOR por el fondo.

Doctor. Buenas noches. Practicante,
¿no habrá novedad?

- Don Juan.* Ninguna.
- Cristiana.* La de siempre.
- Doctor.* Cual?
- Cristiana.* Que el ciego
contemplar los astros duda.
- Don Juan.* Por favor, *Cristiana* . . .
- Cristiana.* Digo
la verdad.
- Don Juan.* Nó!
- Cristiana.* (Ap.) Ya se apura!
(Al ciego.) Yo cumplí con el encargo
que el doctor me diera . . .
- Doctor.* Ruda
la verdad a veces suena.
- Cristiana.* La mentira no me gusta.
- Doctor.* Mas brillante es la victoria
cuanto fué mayor la duda.
- Don Juan.* Mi temor a vos no alcanza,
ni mi voz la ciencia acusa.
Las espigas punzadoras
del dolor, i las angustias
de mi larga triste vida
dan origen a mis dudas.
Yo respeto vuestra ciencia,
i, doctor, mi pecho abunda
hácia vos de la mas noble
gratitud por esta cura.
- Doctor.* Reservad las flores, luego
me las dareis.
- Cristiana.* Pues me gusta.
- Doctor.* Pasemos al dormitorio.
- Cristiana.* Está listo.
- Doctor.* Bien.
- Cristiana.* Ayuda
no quereis?
- Doctor.* (Con gracia.) Por el momento
a mirar quedaos la luna.
- Don Juan.* Haga Dios que yo la vea!
- Cristiana.* Pronto la vereis . . .
- Doctor.* (Con solemnidad i para sí.)
O nunca!
- (Entra con el ciego al dormitorio de éste.)

ESCENA TERCERA.

CRISTIANA.

Cristiana. He pasado los días
con mil temores
al anciano asistiendo,
i por las noches
luego velaba,
como buen practicante,
junto a su cama.

Oh! algun misterioso
poder extraño,
atrayéndome siempre
hácia el anciano,
me desvelaba;
algun imán secreto
tienen sus canas.

Yó inocente vivía
lejos del mundo,
sin saber que a millares
dolores rudos
padece el hombre,
ora en palacio viva,
ya viva pobre!

Pero vóime orientando
de que en la vida
una grande cosecha,
de penas rica,
es patrimonio
del que nace, i que sufren
los seres todos.

Ab! mis padres queridos
tambien padecen!
Preocupados i tristes
los miro a veces.
Mayor apuro!
En este laberinto
yó me confundo!

Torne la calma, Virgen
del Cristo madre,

al hogar combatido
por tempestades!
Vuelva la vista
a los ojos del ciego!
¡Séenos propicia!

ESCENA CUARTA.

CRISTIANA, DANIEL I MARÍA.

Los dos últimos entran por la puerta que se supone da
a las habitaciones de la familia.

María. Cristiana.

Cristiana. Papá, mamá,
perdonad que haya tardado
en volver a vuestro lado.

Daniel. Alguna razon habrá.

Cristiana. Sin duda. Por vez primera
el médico recetó
que esta noche al ciego, yó
dejara mas tiempo fuera.

María. Entónces ya estuvo aquí.

Cristiana. Cuando el sol desaparecia
conmigo el ciego salia.

Daniel. I estaba contento?

Cristiana. Sí.
Mas, despues se entristeció
la vista lograr dudando.

Daniel. Ésas dudas disipando
el tiempo irá.

Cristiana. Como nó.
I presiento, madre, el dia
fausto.

María. Dínos

Cristiana. Ya el doctor,
satisfecho i hablador,
manifiesta su alegría.
¿No es buen dato! Pronto el ciego
ha de ver el sol poniente.

- María.* Plegue a Dios!
Daniel. Es evidente.
Cristiana. Mi amigo el doctor no es lego.
Daniel. El concepto que tu avanzas
no peca de aventurado.
María. A su ciencia hemos fiado
un tesoro de esperanzas.
• *Daniel.* Son las siete. ¿Vuelto habrá
después del feliz paseo
que dispuso?
Cristiana. Ya lo creo.
Con su buen amigo está.
Daniel. Voy a verles. Sé mi guía.
Cristiana. Con filial agrado os llevo.
Daniel. (A María.)
Ven.
María. Después. Si no me atrevo!
Daniel. Ten valor. (Ap.) Pobre María!
(Entra con Cristiana al dormitorio del ciego.)

ESCENA QUINTA.

MARÍA.

- María.* Jamás del lado de mi padre huyera,
i el ángel del dolor acaso el vuelo
sobre el paterno hogar no detuviera.
Voráz el rayo, desgarrando el velo
de negra nube de terror cargada,
dejó a mi padre sin la luz del cielo.
La suerte luego, de ayudar cansada
al pobre anciano que halagara un día,
se fué dejando su mansion cercada
de duelo, de tinieblas, de agouía!
Vagar mendigo, sin apoyo i ¡ciego!
¡perdóname, señor, la culpa es mía! (pausa.)
¡Por qué en la duda i el dolor navego?
¡Por qué, si fio al cielo mi esperanza?
Haz tuyo ¡oh Virgen! mi piadoso ruego!
El éuro anuncia la feliz bonanza:
la luz, de santa dicha ayer perdida

allá, no léjos, el amor alcanza.

Por medio de Cristiana das la vida
¡oh Providencia del linaje humano!
al padre de su madre arrepentida.

Divina inspiracion! Verá el anciano
la luz, que el rayo le robó en mal hora,
seguido de sus hijos, i de mano
guiado por su nieta que lo ignora!

ESCENA SESTA.

MARÍA, DANIEL I EL DOCTOR.

Doctor. Por instantes desconfío
de su ansiada curacion.

María. Qué oigo!

Doctor. Tanto como anhela
la niña que mire el sol!

María. Esas dudas son puñales
que rasgan mi corazon.

Daniel. Desconfiar? Modestia suma!
Esperanza i fé, doctor,
vuestra ciencia nos inspira

María. Cuya luz reside en Dios!

Doctor. Dios proteja mis afanes.

María. ¿Os asalta algun temor?

Doctor. Yo no pierdo la esperanza;
pero temo la reaccion.
Una crisis presto influye
en que torne a ver o nó!

Cristiana. ¿I la prueba?

Doctor. La preparo.

María. Dilata mucho, doctor?

Doctor. Esta noche yo os daria
tal sorpresa; pero nó;
mañana en la tarde el tiempo
quizás estará mejor.
Mañana propicio el cielo
esté de acuerdo con vos!
Mañana triunfe la ciencia!

Doctor. Mañana al dar la oracion
de la tarde, luz, ¡la vida!
o tinieblas. . . . ¡el dolor!

María. ¡I ya la sentencia sabe
el ciego?

Doctor. Sí: la escuchó
con júbilo.

María. (Ap.) Padre mio!

Doctor. I llorando de emocion:
“Con qué pagaré la deuda
“a todos—dijo—doctor?”
“Con afecto”—respondle.
María. I qué dijo?

Doctor. Me abrazó.

Daniel. Qué noble agradecimiento!

María. Gratitude que inspira amor!

Doctor. Me aguardan otros enfermos.
Siento dejaros. Adios. (Vásc)

Daniel. Id con él, amigo mio.

María. Hasta mañana, doctor. (Pausa.)

Daniel. Convida a salir la luna.

María. ¡Vas al jardin?

Daniel. Si.

María. Pues voi.
¡Oh! cuando del nuevo dia
llegará al ocaso el sol!
(Se van de brazo por el fondo.)

era,

ESCENA SÉTIMA.

ca.
elo

CRISTIANA I DON JUAN, por la izquierda. I.

Cristiana. ¿Con que mañana en la noche
efecto tendrá la prueba?

Don Juan. Mañana—el doctor me dijo—
haré que caiga la venda.

Cristiana. Con que vais a ver las flores
i las aves de la selva?
Con que vais a ver las nubes
i las ondas, de la tierra
los primores, i los mundos

sada
dia,
a
!
iego!
ña! (Pausa.)
avego!
ranza!
so ruego!
za:
dida

que el azul espacio pueblan?
Con que vais a ver, anciano,
luz i cielo de Quisqueya?

Don Juan. I tambien a ver, Cristiana,
tu sonrisa lisonjera,
tu semblante de querube,
tu mirada, tu alma en ella!
tus amantes padres, niña,
que mano amiga tendieran
al ciego, mendigo i solo. . . .
¡oh! sin ellos nunca viera!
La gratitud que se anida
en mi pecho será eterna:
vivirá mientras yo aliente!

Cristiana. Plegue al cielo que asi sea!

Don Juan. ¡I lo dudas?

Cristiana. ¿Qué os estraña?

Don Juan. No haya dudas ni reservas,
que ya brilla sin eclipses
de mi amor la pura estrella.

Cristiana. ¿Tan profundo es el cariño
que a mis padres en ofrenda
fiel consagra quien maldice
la proscripta raza hebrea?

Don Juan. Mi cariño es el de un padre;
mi gratitud es inmensa!
Mas, ¿por qué, Cristiana, evocas,
sin motivo, por sorpresa,
mi fundada antipatía
a los hijos de Judea?

Cristiana. Supongamos, por ejemplo,
que mis buenos padres fueran
descendientes de una tribu
de la errante raza hebrea,
que esperando está al Mesías
—ya de bromas, ya de veras—
vaya pues. . . . como el esposo
que de vos huyó con. . . . ella;
¿vuestro afecto en ese caso
quedaría mudo? merma
gratitud i amor de padre
sufrirían?

Don Juan. (Meditabundo.) No lo sean!
No lo son, ¡ es gran fortuna,
que es posible sucumbiera
en la lucha de gigantes
mi razon o mi conciencia!
Oh! si tantos beneficios
a tu hogar no mereciera,
tus halagos recordara,
tus desvelos de hija tierna,
tu virtud, crisol de donde
para el alma a Dios se eleva,
tu cariño que disipa
mis angustias mas acerbias,
tu infantil afan piadoso
porque a ver la luz yo vuelva,
¡ lo mismo que los amo
a tus padres yo quisiera,
pues al ciego plugo, niña,
fueses tú mi providencia!

Cristiana. (Con afecto.) Esas frases son del alma,
señor Juan, ¡ me revelan
que a la luz de la teraura
el error no persevera.
(Con efusion.) “Esta niña que, Cristiana,
bautizó romana iglesia,
es la hija de un hebreo.....
¿Valdrá ménos vuestra nieta?”

Don Juan. (Sorprendido.) Qué escucho! mi Dios! Cristian
tan piadosa siendo hebreá?

Cristiana. Católica soi. Mi madre,
modelo de esposas buenas,
me inspiró la fé del Cristo
de mi padre con anuencia.

Don Juan. Entonces aquella historia,
no es estraña sino vuestra?
Por qué me ocultó su orijen
tu padre? dí....

Cristiana. Por prudencia.

Don Juan. (Ap.) Tal vez sus nombres son falsos!
Se duplican mis sospechas ...
Qué ansiedad ¡ qué tortura!
¿Me burlaron! Si yo viera....!

(Alto.) Oh! no ver hasta mañana!
Me abandona la paciencia!
Dadme luz!

Cristiana. (Ansiosa.) Señor!

Don Juan. Me ahogo,
si no me arranco la venda! (se la quita.)

Cristiana. (Llorando.) Se mató...! ¡Piedad, Dios mio!

Don Juan. (Vacila, mira por la ventana i cae de rodillas.)
Dios!... la luna!... las estrellas...!
Tu santa misericordia
me anonada, Providencia!

Cristiana. (De rodillas.) El cielo acogió mis preces!

Don Juan. (De pló.) Deja al ciego que te vea!
¡Eres ángel ó eres niña?

Cristiana. Ser quisiera...

Don Juan. (Con solicitud.) Qué?

Cristiana. (Con gracia i expansion) Tu nieta.

Don Juan. (Besándola en la frente.)

Tan injenua! tan graciosa!

Cristiana. Corro a dar la fáusta nueva!
(Vúse corriendo por la izquierda.)

ESCENA OCTAVA.

DON JUAN, MARÍA I DANIEL.

(Los dos últimos entran por el fondo.)

Don Juan. (Ansioso.) Serán ellos? Duda impla!
¡Jamás! Oh! ¡jamás! ¡Qué veo!

María. (Cayendo a sus piés.)
Padre!

Don Juan. (Sorprendido) Tú!

Daniel. (Suplicante.) Señor!

Don Juan. ¡María!
¡Daniel!

María. Padre, perdon!

Don Juan. Nunca! Jamás!

María. (Llorosa) ¡Padre mio!

Don Juan. ¿A qué título lo espera
la manceba de un judío?

- Daniel.* Es mi esposa.
María. (De plé) ¡Qué dolor!
La iglesia bendijo, padre,
nuestra boda.
- Don Juan.* (Con ira.) Mientes!
María. ((Con dignidad.) Nunca!
Os lo juro por mi madre!
- Daniel.* (Con solemnidad.)
Os lo juro por mi Dios!
- Don Juan.* I qué importa? Yo quisiera
la vista no haber logrado.
- María.* (De rodillas.)
Oh! Piedad!
- Daniel.* Señor!
- Don Juan.* (Fuera de sí.) Pluguiera. . . !
¡Dejadme partir. . . . !
- María.* (Desplomándose.) Ah!
(Vá a salir Don Juan i Cristiana le cierra el paso.)
- Cristiana.* (Con resolucion.) ¡Nó!

ESCENA NOVENA.

—
DON JUAN, MARÍA, DANIEL I CRISTIANA.

- Don Juan.* (Desconcertado.) ¡La niña!
Cristiana. (Con acento dolorido.) I se marchaba!
Está loco? Pues no quiero!
“Os juro—me dijo—amaros
aun siendo tu padre hebreo!”
¡Qué pago a nuestro cariño!
- María.* ¡Inspire su voz el cielo!
- Cristiana.* (Al anciano) Si habiais de ser ingrato
a tanto amor i desvelos,
mas valiera que os hubierais
quedado mendigo i ciego!
- Don Juan.* }
María. } NÓ!
Daniel. }
- Cristiana.* (Llorando.) Qué angustia, madre mia!
(Señalando el pecho.)
Siento aquí dolor intenso!

(Besándole las manos.)

Señor Juan, disimuladme....

i quedaos... yo lo quiero! (Pausa.)

Don Juan. (Conmovido.) La Providencia Infinita!

La vida es un gran misterio!

(A Cristiana.) Los lazos de la familia

por tu madre se rompieron....

Cristiana. ¡Qué dice, mamá, qué dice?

Don Juan. I un ángel de paz el cielo

para atarlos hoy envía,

la vista al ciego volviendo

por influjo del cariño

del ángel piadoso i tierno!

Tu voz inspirada escucho

i, a la luz del sentimiento,

la venda del alma cae

i en Dios providente creo!

(Enjuga una lágrima, besa a Cristiana en la frente i tien-
de la mano a María.)

¡Hija!

María. (Besándole la mano.)

Padre!

Cristiana. (Con asombro) ¡Ah!

Don Juan. Perdono

tu... ausencia larga.

Cristiana. (Con sorpresa.) Qué es esto?

María. (Con efusión.)

Padre del alma querido! (Lo abraza.)

Don Juan. Daniel....

Daniel. Señor....

Don Juan. Soi tu suegro.

Daniel. Hijo vuestro yó... (Se estrechan las manos.)

Don Juan. (Con cariño.) Cristiana....

Cristiana. Santa Virgen ¿no es un sueño?

¿Vos el padre de mi madre?

Don Juan. (Con ternura.) Soi su padre, soi tu abuelo!

Cristiana. (Gozosa.) Con que soi tu nieta! Miren

si papá no es embustero!

Daniel. Mi Cristiana!

Cristiana. (Pensativa.) ¡Nos dejaba?!

Don Juan. Nó, jamás!

Cristiana. (Batiendo palmas.) Ya tengo abuelo!

Don Juan. Abuelo a quien has probado
—siendo tú el mejor ejemplo—
que se obtiene gran victoria
efectuando el himeneo
de cristiana con judío,
pues que triunfa el evangelio!

María. (De rodillas.) Dóite gracias, Virgen pfa!

Don Juan. Yo estaba ciego, mui ciego.
El médico con su ciencia
me ha dado la luz del cuerpo!
¡Recibo la luz del alma
por la hija del hebreo!

(*María sigue orando de rodillas, Don Juan besa a la niña en la frente i Daniel contempla el grupo con amor.*)

FIN DEL DRAMA.

11

FED. HENRIQUEZ I CARVAJAL

GUAROCUYA.

El Monólogo de Enriquillo. ⁽¹⁾

LEYENDA QUISQUEYANA.

Primer Premio en los Juegos Florales Hispano-Dominicanos en el
Día de la Raza, de Colón I de América. Octubre 12 de 1924.



SANTO DOMINGO, R. D.
IMPRESA MONTALVO
1924.

LIMINAR.

Para poder contemplar a *Guarocuya* con esa mirada cíclica que compendia y encierra, en la cabalidad de sus destinos, a un hombre que es un pueblo, es necesario tener las pupilas acomodadas a lo infinito; el corazón, como lámpara perenne que el amor nutre y el deber enciende; la mente, de diamante: se necesita ser un *Federico Henríquez y Carvajal*.

Desde su sillón de la Escuela de Bachilleres, el Maestro pudo ver, en toda su grandeza, al Cacique-héroe sobre el Baoruco, como a un ser innominado, hombre con pies de monte o monte con cima de hombre.

Así, de nuevo, "el viejo bardo de la fé robusta en libertad y patria", con sus manos glorificadas por el gesto de ser valladar contra las caudalosas concupiscencias que amenazan de continuo—;amenazan, no más!—la obra de Duarte; manos que estrechara, fraternalmente, en las suyas, creadoras como las de Dios, José Martí, cuando éste tenía ya la resplandeciente altivez de quien se decide a morir por la Independencia, ha empuñado la lira de bronce. Y, con numen apolíneo, canta la inmolación de aquella raza, color de tierra buena, que murió matando por la Libertad con la flecha, con la piedra, con los puños, con los dientes, y hasta con su propia muerte.

Esta vejez de *Don Federico Henríquez y Carvajal*, espléndido remate de plenitud, es uno de los más edificantes espectáculos humanos. Desmiente a Lucrecio que dijo: "*Claudicant ingenium, delirat linguaque, mensque*". Y viéndole llevar con

II.

tanta firmeza su blanca carga de años, hace pensar en el roble de las formidables selvas de Algida, cantado por Horacio, que se fortifica bajo los redoblados golpes del hacha, y hasta alcanza nuevo vigor merced al hierro que lo hiere.

Si el filósofo cordobés tuvo razón al afirmar que es extremadamente difícil ser constantemente el mismo hombre, mucho mérito debe serle atribuido a quien, habiendo tomado como punto de partida este principio invariable: el perfeccionamiento de la razón, de la voluntad y de la conciencia de sus conciudadanos, ha seguido una conducta uniforme digna de ciceroniano elogio; a quien jamás ha dejado de hablarnos de la Patria en términos capaces de animar al más tímido, *verbis quæ timide quoque possent addere mentem*, porque es una certidumbre escrita por Ovidio, que: según el testimonio que el hombre se dá a sí mismo, lleva en su alma la esperanza o el temor.

Bien ha hecho, pues, el inspirado autor de *Americana*, al medir su "vigoroso estro" con la magnitud de aquel varón cristiano, discípulo de Las Casas, que, en demanda de libertadora justicia, escribe páginas superiores al Tratado sobre la Paciencia, de Tertuliano, a los sermones de San Ambrosio, a las prosas combativas de Salviano; núcleo de esa como cordillera ideal en que, sobre los horizontes de la historia, se empiña, martirizada, heroica y libre al fin, la raza quisqueyana.

Bien, asimismo, ha de hacer Dios dándole muchos años más de vida—si es que los inmortales mueren—al victorioso poeta del *Monólogo de Enriquillo*; y bien, en fin, hemos de hacer los dominicanos ofreciéndole los más verdes laureles y las más encendidas rosas de "esta tierra de los Héroes y los Mártires, donde siempre seca lágrimas el sol".

Así, el Maestro, como en su Manifiesto cuando su candidatura a la Presidencia de la República, seguirá, en el Bien, en la Verdad y en la Belleza, creyendo en Dios mientras haya Patria y en la Patria mientras haya ciudadanos.

Ricardo Pérez Alfonseca.

JURADO DE POESIA.

VEREDICTO.

Señores Presidente y demás miembros
del Comité de Festejos del Día de la Raza.

Señores:

De acuerdo con las Bases y Condiciones establecidas por este meritorio Comité, para los Juegos Florales Provenzales Hispano-Dominicanos de 1924, place al *Jurado de Poesía* comparecer ante vosotros para daros cuenta cabal de su trabajo.

Nuestros más exquisitos rimadores han parecido empeñarse en este lírico torneo, en cautivarnos con sus trovas; y justo es confesar que no ha sido infructuosa su faena. Hemos entrado, ganosos de rendir labor alentadora y justiciera, en predios florecidos, y nuestras manos retornan cargadas por la mejor miés de la cosecha.

Tán abundantes racimos de frutas en sazón nos han sido dados a catar por los cul-

tivadores del bello decir, que nuestro paladar ha tenido que hacerse de más en más exigente, para intentar distinguir entre las mieles la más digna de ser destilada y servida en la copa de oro de los dioses. Si lo hemos conseguido, valga ello de regalo a los dichosos comensales de este convite de las musas, y muy especialmente a su Reina gentilísima, a cuyas breves plantas depositamos nuestra carga.

.....
 No habiendo concurrido composición alguna al tema II, vamos a referirnos al III.

Sólo tres poesías se disputaron el premio; pero la indiscutible superioridad de *El Monólogo de Enriquillo*, leyenda quisqueyana, que tiene como lema el nombre primitivo del último Cacique: *Guarocuya*, nos libera de tener que hacer trabajo analítico. El mérito de esta obra es absoluto. Su autor se revela como un maestro en la concepción poética y en el manejo de la rima; el canto no decae ni un solo instante, a pesar de su extensión, y sólo nos resta decir: que el exceso de su mérito puso tal distancia entre ella y sus competidoras, que ninguna de éstas pudo seguirla para obtener un *accésit* ni una mención honorífica.

.....

Trina M. de Vásquez.

R. Pérez Alfonseca.

J. Tomás Mejía.

Santo Domingo,
 Octubre 10, 1924.

El Monólogo de Enriquillo.

El Cacique. (1)

No fué de rosas su lecho.....
El fiero conquistador
redújole su derecho
al fundo, el hato i el techo,
testigos de su dolor.

Diezmada aver por la caza
del perro i el hombre cruel,
se extingue en breve su raza;
ya solo queda la escasa
legión invicta con él.

No fué en sus lomas vencido;
lo vence la enfermedad.
Emula el árbol caído,
sin savia, nunca abatido
por centella o tempestad.

*

Postrado yace en el lecho
—que fué nido de su amor,
de vil colono a despecho—
i pierde el ritmo su pecho
de la fiebre en el sopor.

El brazo robusto i fuerte
que, entre sombras o a la luz,
en fuga puso a la muerte,
perdió las fuerzas, inerte,
sin flecha i sin arcabuz. (2)

Aquel vibrante organismo,
forjado en bronce, i aquel
su legendario heroísmo,
que fueron pasmo al abismo
salvado siempre por él,

Se rinden juntos al peso
de su esforzado vivir;
i, cual si fuera un poseso,
revela en la faz impreso
un solo anhelo: morir!

En alta noche de luna
—que ensueños tejiendo va—
su hogar evoca i su cuna,
sus horas, una por una,
el Cacique de Boyá. (3)

I pasan por su memoria,
lentamente i en tropel,
—cual roja cinta de historia—
la lucha, el crimen, la gloria,
sin castigo i sin laurel.

I pasa ciega la horda,
en lid salvaje, i la lid
el aire nubla i asorda,
i al mismo báratro aborda
la ruda raza del Cid.

I pasa como un torrente
que fuera a dar en el mar;
i el exterminio inclemente
el campo deja sin gente;
en ruinas, templo i hogar.

I queda en ella prendida
 una trágica visión:
 su noble raza extinguida
 i Flor de Oro sin vida
 en las garras de un león. (4)

•

Tal fué la férrea conquista,
 desde Ovando hasta Cortés. (5)

la fiera salta a la vista
 del indio sobre la pista.....
 mas "culpa del tiempo es".... (6)

•

Se va la luna..... El indiano,
 bajo el palio de su luz,
 a fuero de buen cristiano,
 traza con trémula mano
 sobre su pecho la cruz;

I cuando la noche expira
 i saluda el ruisenor
 al alba, en su dulce lira,
 desgrana el héroe, sin ira,
 su monólogo interior.



El Monólogo.

I.

Evocación.-La Conquista.

Isla de amor i de ensueños
en claras noches de luna!
Perla del mar antillano
que en el Caribe fulgura
llena de sol i de gracias,
aun más hermosa que Cuba!
Sus prados, valles i alcores
el blando céfiro adula;
su selva virgen las aves
con raro acorde saludan;
sus altas sierras el pino
corona, alegrá i perfuma;
i el mar cantor la acaricia,
la abraza i besa i arrulla...
Isla de amor i de ensueños
aun más hermosa que Cuba! (7)

Hoy vuelvo a ver sobre el césped,
 a orillas de la laguna,
 i encima de enano monte
 —pirámide a veces trunca—
 surgir los blancos bohíos
 que el cundeamor, como una
 guirnalda de fuego i sangre,
 en parte adorna i oculta.
 I alcanzo a ver el **canei**
 en donde **aréitos** i **diumbas**
 de ritmos pueblan el aire,
 en tanto que en la llanura
 el **juego de las mazorcas**
 las va dejando desnudas,
 en medio del alborozo
 de areitos, juegos i diumbas. (8)

De nuevo la vista alcanza
 a ver en sombras la ruta
 por donde fué la falanje,
 con torpe planta insegura,
 buscando el oro del río
 que arrastra el agua en la turbia,
 o en minas de ricas vetas
 que el indio ignaro no busca.
 De nuevo en cárdenos fondos
 destácanse, una por una,
 las mil escenas del drama
 que fue de tórrida lucha.

La dócil tribu, de gente
 incauta como ninguna,
 de vida alegre i confiada,
 al buque náufrago ayuda,
 i huésped suyo bienquisto
 es la legión de **arijunas**. (9)

El golfo de las bahías,

en donde derrama el Yuna
 las aguas de dos vertientes,
 testigo fué de la lucha
 del arcabuz con la flecha,
 de la legión con la turba.
 De mal augurio es el choque
 —a nadie mi lengua acusa—
 que el nauta ligur discreto
 no pudo evitar sin duda.

(10)

La Navidad, fortaleza
 erecta en la costa abrupta,
 consigna i honor olvida
 por sed de oro i lujuria;
 i cuando Colón regresa
 de España, sólo vislumbra
 cenizas del fuerte i sólo
 silencio trágico escucha,
 en donde enantes la vida
 i ahora la muerte alumbra
 el sol, que su curso sigue,
 tal vez dejando a la luna
 que vierta su luz de lágrimas
 en cada gélida tumba...

(11)

I fué la aleve conquista,
 i "fué del tiempo la culpa"!

Los dos castillos asedian,
 a poco, nutridas turbas,
 i el cerco rompen las huestes
 hispanas con su bravura,
 dejando el campo cubierto
 de gente muerta i desnuda.
 Después Hojeda—el soldado
 de cien i más aventuras—
 con mui extraña osadía
 i más extraña fortuna,

(12)

halaga i prende a Caonabo
con cruel i pérfida burla. (13)

El caracol a las armas
doquiera llama i retumba;
responde al reto la Vega,
i allí se extrema la lucha.
Maguá, Marién i Maguana,
las tres comarcas en una
acción de guerra en tumulto,
el Santo-Cerro circundan,
en donde la cruz sin inri
la ibera milicia agrupa
que heróica batalla libra
i bajo su egida triunfa. (14)

“La guerra no tiene entrañas”
fué siempre cómoda escusa
a todo abuso de fuerza,
a toda agresión injusta.
El odio crece a medida
de cada mortal injuria
i a cada lujo de saña
del hosco i fiero arijuna.

Del lago azul a la margen
o en medio de selva obscura,
encima de árida loma
o en sus laderas adustas,
cual roja sierpre la sangre
corre entre guijas difusa
i el agua tiñe del río
i el agua de la laguna.
Doquier estalla el incendio
con locas llamas en furia;
voraz se extiende, i a poco
batei i eracra son una
ingente i hórrida hoguera

que mar i cielos alumbra;
i el cierzo todo lo avienta
como si fuera una pluma. (15)

De entonces sobre esos campos
—si crece i llena i alumbra—
su luz de lágrimas tiende
como un sudario la luna!

Mayobanex—el ciguayo
de recia musculatura—
con ira sabe la rota
de Guarionex i su fuga.
Asilo ofrece al cacique
i en sus montañas lo oculta;
i, cuando el jefe cristiano
la vil entrega insinúa,
con gesto digno de un prócer
hacer la entrega rehusa.

El rasgo épico enciende
la lid de nuevo. Se lucha
en ceja oculta del monte,
detrás de móviles dunas,
i al borde de áspera escarpa
del cónico **Pan de Azúcar.** (16)

Ni paz ni tregua. El hispano
en sangre el terreno inunda
i palmo a palmo el terreno
al indio bravo disputa,
i todo obstáculo vence,
i al indio bravo subyuga.
Los dos intrépidos jefes
vencidos son en la lucha,
i el vencedor los condena
—de quién ahora la culpa?—
a cepo, grillos i esposas

en cárcel fétida i dura;
 i luego pierden la vida
 en olas del mar en furia. (17)

Cuan triste! Ya Cayacoa
 —la más erguida figura
 de cuantas fueron invictas—
 descansa en paz en la tumba.
 Murió sin ver su Hicayagua
 a manos del arijuna
 perderlo todo i... la vida!
 Piadosa muerte la suya! (18)

Maniocatex, Guatiguana,
 los dos **nitzinacs**, en pugna
 de ciego i sordo heroísmo,
 al jefe ciguayo emulan
 en lances de algún relieve
 que fácil victoria auguran;
 mas cambia súbito el cuadro,
 i el arma de fuego muda
 el campo del triunfo efímero
 en campo de muerte i fuga;
 i sólo queda en el campo
 incierta fama futura. (19)

Bohechio, noble patriarca,
 el alma presa de angustia,
 en torno suyo el vacío
 percibe i siente. La duda
 su pecho hiere i la herida
 abre al dolor nueva ruta. (20)
 Al César pleito-homenaje
 Jaragua con él tributa;
 i el Néstor de los Caciques,
 el alma presa de angustia,
 le dice adios a la vida
 i se desploma en la tumba.

“Primero muerto que esclavo”
 Maireni clama, i ulula,
 al dar el salto suicida
 del risco a la sima obscura.

“Primero muerto que esclavo”
 el eco vuelve i retumba
 en monte, quebrada i río,
 i un rayo de luz alumbra
 el fondo de aquella sima,
 en donde ahora fulgura
 un sol de sangre i de gloria
 del héroe sobre la tumba. (21)

De monte en monte va Hatuei
 clamando guerra... La lucha
 su empuje inicial recobra
 en bosque, cerro i llanura:
 mas ceden las montoneras,
 domada la fuerza bruta
 por otra mayor. Más tarde,
 sin suelo, ni hogar, ni cuna,
 le dice adiós a la patria
 i encuentra la patria en Cuba. (22)

Allí la fiera conquista
 su odiosa trama reanuda,
 i el prócer irreductible
 de nuevo torna a la lucha
 i pone en jaque las huestes
 del invasor. Mas no dura
 en tal sentido corriendo
 la rueda de la fortuna.
 Vencido i preso, la muerte
 sereno aguarda i renuncia
 al cielo con que le brinda
 en el patíbulo un cura;



16.

i muere en hórrida pira,
i en ella muere por Cuba.

Romance, historia i leyenda,
que el arte copia i emula,
darán al mármol i al bronce
su noble i viril figura!

(23)



II.

La Hecatombe.

No supo tal vez España
i el mundo de fijo ignora
que, en cada alijera nave
de osada flota española,
hicieron juntos el viaje
—a pleno sol i a la sombra—
el genio de la hidalguía
que dió a Castilla su norma,
i el ogro de la conquista
que cifra en matar su gloria.

Hidalgos fueron . . . Algunos
mi labio férvido nombra:
Las Casas, Guevara, Ercilla,
Bastidas, Grijalba, Córdoba . . .
Malvados fueron . . . Mi mente
de nuevo impávida evoca
a quien la sórdida envidia
le muerde el alma viciosa
i cede torpe a las armas
de juez-alcalde la toga; (24)
i aquel avaro, egoista,

a quien domina i sofoca
 la sed de mando i codicia,
 que grillos puso a la gloria; (25)
 i aquel falaz taciturno,

que en sangre inunda i ahoga
 la tierra libre del indio,
 i rije al fin la colonia
 con fuerte mano de hierro
 que nada quiebra ni dobla; (26)

i al joven que amores finje
 a dama honesta i la acosa
 con vil reclamo, lascivo,
 poniendo en duda su honra,
 i abusa de la **Encomienda**,
 con alma ruín i traidora,
 cual si jugara a la suerte
 i a bajo precio la honra
 de alguna hetáira, sin ella,
 que el vicio de galas colma,
 o de la mísera esclava
 que el propio dueño deshonra. (27)

Apenas, con hábil mano,
 de gente vil la colonia
 Ovando libra o expurga,
 al duro régimen torna
 que sólo finca en la fuerza
 el triunfo de la corona.
 El indio paga con creces
 tributo i diezmos, i añora
 mejores tiempos que fueron,
 pues de lo suyo no goza
 i es siervo le la Encomienda
 que hogar t tierra le roba.

Jaragua vive temiendo
 que, como pérfida ola,
 le caiga encima i la barra

la hueste cruel invasora,
 si Don Nicolás de Ovando
 estima que la corona
 —la de Isabel de Castilla—
 lucir debiera tal joya.
 El mismo doble vejamen
 cual tribu esclava soporta;
 el mismo oneroso impuesto
 el jefe español le cobra.

Aquel feliz cacicazgo,
 que dió la lei como norma
 a cada región indiana,
 en vano la lei implora.
 Su triste vida no es vida,
 o es vida inútil, agónica,
 siquiera viva i confie
 en élla, su Anacaona,
 la musa de los aréitos,
 que ya no canta, i ahora
 su pueblo dócil gobierna
 de modo digno de loa.

El hosco señor de Lares
 un plan diabólico forja
 que escrita deja con sangre
 nefasta página roja.
 Hacer alarde resuelve
 —con nunca igualada pompa—
 de fuerza i poder; i anuncia
 su viaje a Anacaona,
 quien en Jaragua lo espera
 cual digna reina i señora.

Armada de punta en blanco
 consigo lleva de escolta
 su vieja guardia i la hueste
 de cuatro centurias consta.

Parece triunfal carrera,
 en pos de nuevas victorias,
 el viaje a tambor batiente
 de aquella marcial escolta.

Ovando llega a Jaragua
 i sus banderas tremola
 en donde la reina ocupa
 su trono de junco i rosas.
 Al huésped la regia dama
 de halagos i honores colma.
 Por él en coro los niños
 areitos de paz entonan;
 por él los jóvenes dejan
 sin granos sendas mazorcas;
 i danzan lánguidas diumbas
 parejas que se enamoran
 al ritmo de las palmeras
 altivas i cimbradoras.

A tal amable acogida
 —que antiguas justas evoca—
 no es raro que el jefe hispano
 con algo suyo responda.
 En campo abierto sitúa
 i en dos falanjes la tropa
 que, en hábil juego de esgrima,
 al par sus fuerzas denotan:
 la una, si al cabo triunfa;
 si cede el campo, la otra.
 I cuando aquel simulacro
 el alma de niño asombra
 del indio ignaro i sencillo,
 agudo clarín sus notas
 al aire vibra, i el cuadro
 de mero ensayo se torna
 en roja escena de muerte,
 pues el clarín a la tropa

enardecida le ordena
 pasar a cuchillo ahora
 al pueblo inerme... qué crimen!
 al cual en aras se inmola
 de un dios de paz, en castigo
 de un plan tejido en la sombra,
 según lo inventa la infamia
 i lo atribuye a Guaroa. (28)

Horror! El eco repite
 la voz de esterminio ronca,
 i va en el ala del viento,
 i expira tras de las lomas.
 Horror! El cuadro dantesco
 el sol del Caribe copia
 en la retina asombrada
 de quienes la vida imploran,
 en tanto que la cabeza
 de un tajo a cercén les cortan.

En son de justa defensa
 se lanza al campo Guaroa.
 Comanda un grnpo i su reto
 en jaque pone a la tropa
 que sale en busca del indio
 i lo persigue i lo acosa.
 En hábil brega el nitaino
 —señor de las altas lomas—
 tener por suya presume
 la libre i rebelde zona.
 Mas nó! que, al bajar de un cerro,
 celada artera i dolosa
 le cierra el paso en las breñas,
 i, en lucha rápida i sorda,
 el héroe muere i Jaragua
 sucumbe allí con Guaroa! (29)

Cae la tarde... La luna

su disco pálido asoma
 encima del cerro triste
 que se perfila en la sombra.
 Cae la tarde. . . . La luna
 es como un alma que llora
 al ver en sangre anegado
 el reino de Acanaona;
 al ver la fiera conquista
 llevar a cima su obra
 con la hecatombe de un pueblo
 al cual sin piedad inmola;
 al ver convertida en yermo
 aquella próspera zona,
 i cómo el crimen impune
 honor será de la escolta
 i pres de Ovando, el de Lares,
 que el exterminio corona
 haciendo morir la dama,
 que el trono i su sexo honra,
 con sello vil de ignominia:
 ¡colgada de infame horca! (30)

Engaño, dolo i violencia
 son gajes de la colonia;
 la burla toca en sarcasmo
 i luego en escarnio toca.
 No escasa serie de abusos
 i ultrajes a su persona
 al rudo Cotubanama
 le trazan adversa norma.
 En breve cunde l'alarma
 i el fuego prende en las lomas.
 Es la señal. . . i el alerta
 el aire volando corta.
 La estrella de la conquista
 augura el triunfo. Ya es hora.
 Guiado por esa estrella

irá Esquivel con su tropa,
 cual un alud que del suelo
 descuaja prócera fronda:
 al modo que, en la deshecha
 borrasca, grávida tromba
 le cae encima a la nave
 i la sepulta en las olas. (31)

La misma racha de muerte,
 la misma pérfida ola
 que sume a Jaragua en duelo
 i en sangre suya la ahoga,
 recorre del Hicayagua
 la tierra viril e indómita.
 Ni hai cuartel. El degüello
 los verdes prados alfombra
 con troncos de gente acéfala,
 tras cruel i fácil victoria.

Al sucesor en el mando
 del ínclito Cayacoa
 refugio dale inseguro
Adamonzi: la Saona; (32)
 i el prócer Cotubanama
 se crece al peligro ahora,
 i al frente de escaso grupo
 valor i esfuerzo redobla.
 A Juan López, cuerpo a cuerpo,
 lo vence, subyuga i postra;
 le quiebra el pulso i le quita
 la espada en pedazos rota.
 Lo tiene asido del cuello;
 mas llega a punto la ronda
 i, solo i sin armas, cae
 cautivo de aquella tropa,
 erguido sobre su presa
 en bella apostura heroica.

Después . . . el mismo nefando
suplicio de Anacaona;
el mismo crimen inulto:
Cotubanama en la horca! (33)

En vano fué la doctrina
del dulce mártir del Gólgota;
la raza débil, sin armas,
que ceda el paso a . . . la otra!



III.

La Servidumbre.

Las dos disímiles razas
—disímiles como adversas—
lo fueron en grado sumo,
merced al torpe sistema
que el paso abrió a la conquista
a fuego i sangre i cadenas.
Seguido hubiese el hispano
la recta i cálida senda
por donde Las Casas iba
dejando impresas las huellas
de un alma siempre encendida
en la piedad evangélica,
i el indio, dócil, sin duda,
ajeno a toda sospecha,
la nueva norma de vida
por suya en breve tuviera. (34)
I no que en son de exterminio,
vestido el arnés de guerra,

tan sólo vió la victoria
 en lid feroz i sangrienta,
 o acaso en la paz fecunda
 ni pudo ni quiso verla.

El régimen instaurado
 en pro de las encomiendas
 diezmadadas tribus medrosas
 a servidumbre sujeta,
 e inviste al encomendero
 "señor de vidas i haciendas" (35)

Inútil es que Don Diego
 de España resuelto venga
 a darle rumbo de altura
 a la política ibera
 de burda razón de Estado
 i fe mentida i violencia.
 Inútil es que su esposa,
 la insigne dama i virreina
 —tal vez oyendo a Las Casas
 i a Montesino en su prédica—
 con alma noble i ecuánime,
 al indio librarlo quiera
 del peso con que lo abrumba
 el feudo de la encomienda. (36)

Los intereses creados
 estaban todos alerta;
 por ellos fragua la intriga
 un plan de baja ralea.

"Deservidores del rei"
 es mote infame que inventa
 en contra del Almirante
 la desalmada caterva,
 que sólo piensa en el rico
 botín de las encomiendas;
 i "servidores del rei"

—a guisa de honesto lema—
se dicen quienes a costa
del pueblo indígena medran. (37)

En tal atmósfera impura
mi lúcida adolescencia
pasó mirando la vida:
la vida siempre inserena.
Mi nombre de Guarocuya,
de estirpe prócera i regia,
mudó la Curia en Enrique
al darme su fe la iglesia
del Cristo con el bautismo
que puso el óleo en mi testa.
A Frai Remigio, en Maguana,
mi buen mentor en la escuela,
i al docto padre Las Casas,
apóstol lleno de ciencia,
debí la luz que ilumina
—con nuevas i altas ideas
de paz i amor i justicia—
el ara de mi conciencia. (38)

Mi sangre con la española
en un idilio se mezcla:
Guevara con Higuemota
le dió al hogar esa ofrenda.
Su tálamo fue bendito
por el amor i la iglesia,
i en solo un ritmo, Mencía,
latir sintió en sus arterias
la sangre íbero-indígena
que sus entrañas alienta. (39)
Mi juventud melancólica
la marca pálida lleva
de la incurable nostalgia
i la brumosa tristeza

que causa ver a la patria
de nuestros padres i nuestra,
la patria de nuestros hijos,
la patria libre i eterna,
cómo sucumbe—; la misera!—
herida o muerta o ajena!

Como a su nido la alondra,
como a las flores la abeja,
como a la luz el cocuyo,
voló mi amor a la meta
en alas de un casto idilio;
i fue mi novia dilecta,
i fue mi esposa, Mencia,
a gusto de la Virreina,
a quien le plugo el idilio,
pues quiso mucho a la nieta
mimada de Anacaona
por su virtud i belleza.

Fundidas nuestras dos almas
en el crisol de las penas,
templadas al sacro fuego
en horas de amor, serenas,
vivieron en un acorde
con una misma cadencia.

Mas ai! cual copo de espuma
que va a morir en la arena,
la dicha efímera pasa,
si mano torpe i artera
violar presume el sagrario
en donde guarda la honesta,
la fiel esposa, su honra
de toda mácula ilesa.
O es frágil lirio de un día,
celaje, nube o estela,
si el puro ambiente con sordos
clamores graves se llena

en feudos i latifundos
que nadie ni nada alegra.

Así mi dicha se nubla,
como la aurora en la niebla;
así mi dicha se esfuma,
cual onda, nube o estela;
porque caído en las redes
falaces de la encomienda,
—no obstante la noble alcurnia
que es cifra de mi nobleza
i el crisma con que, piadosa,
me ungió cristiano la iglesia,—
el hijo abyecto del prócer
Francisco de Valenzuela,
tocado ya de lujuria
i ayuno ya de conciencia,
osó poner en Mencía
lascivos ojos i lengua
de viperina ponzoña
i amor de sátiro en ella. (40)

Alerta estaba el decoro
de mi gentil compañera;
i el casto honor de la dama,
a todas horas alerta,
le dió la espalda a los ojos,
silencio impuso a la lengua.

Mas eso nada le importá;
ningún desaire lo arredra;
i vuelve terco a la carga,
siquier al fracaso vuelva.
Desquite busca conmigo
i en mí su fracaso venga
con torpe agresión e injuria,
que alcanza a mi compañera . . .

Justicia pido a Badillo;
con burlas él me la niega;
al juez en vano recurro,
e inutilmente a la Audiencia;
al joven libidinoso
escúdalo su encomienda;
que para el siervo aborigen
no habrá justicia en la tierra. (41)



IV.

La Sierra Epica.

No habrá justicia! las olas
del mar en duelo murmuran;
no habrá justicia! en el ala
del viento lánguido cursa;
i el eco clama ¡justicia!
volando sobre las tumbas.

Los indios que me rodean
i en mí su anhelo vinculan,
oyendo cómo los jueces
hacer justicia rehusan
a quien alega un derecho
en causa lícita i justa,
—¿en dónde está la Justicia?
¿en dónde hallarla?—preguntan.
Con voz del alma sincera,
con fe de mártir augusta,
—en Dios o en Cristo—Mencia,
mirando al cielo, insinúa.
I yo, la mano tendida,
vibrátil, la lengua muda,
señalo la cordillera

de verdes lomas abruptas,
 que se perfila a lo lejos
 i se recorta en la altura
 como atalaya i castillo,
 en donde el indio, sin dudaz,
 la libertad i la vida
 gozar podrá como suyas.
 —No habrá Justicia—les digo—
 si Libertad no la funda;
 si el hombre libre por ambas
 morir luchando no jura;
 si no les rinde la vida,
 o armado por ellas triunfa—.

A tal arenga responde
 escaso grupo i se fuga
 conmigo, rumbo a la sierra,
 que se destaca i fulgura
 si en ella sus oros vierte
 el sol que a la tierra alumbra.
 Con tal consigna no es raro
 que en breve a mi lado acuda
 la juventud aborígen,
 a quien lastima i repugna
 de aquel mancebo la afrenta,
 de aquel teniente la burla.

El Baoruco se enciende
 a poco en llamas i en furia,
 i los soldados invictos
 de tres o cuatro centurias
 o el polvo muerden, vencidos,
 o apelan pronto a la fuga. (42)

Dos veces más, en un lustro,
 con no mui buena fortuna,
 volvieron los españoles
 al campo ardido en la lucha.

Dos veces más al asalto
se lanzan, i su bravura
se estrella contra las armas
que, en las escarpas oculta,
esgrime cada guerrilla
irreductible i segura.

Conmigo va la vanguardia
—salvando simas profundas—
por donde su faz escuálida
asoma la muerte adusta;
conmigo el épico grupo
que el rasgo típico emula
de Hatuêi, Maireni i Guaroa,
avante siempre en la ruta.

La tregua tácita muestra
la humana i noble conducta
del indio en armas, e inspira
confianza plena, i ayuda
a dar ensanche a las siembras
vecinas de la laguna.

Para el cultivo dispone
—curado ya de su incuria—
de tierras fértiles, pingües,
en donde nace i abunda:
el suave i dulce mapuei,
el sávido pan de fruta,
el coco de fresca linfa,
i leche i cándida pulpa,
la regia piña de néctar
cuajado en perlas de azúcar,
el rico plátano verde
que acendra miel si madura,
el rubio maíz que suele
unir al oro la púrpura,
i, con su próvida fécula,
el pan del indio: la yuca!

De ataque libre i sorpresas
 en lomas, valle i laguna,
 opté por la defensiva
 que el campo propio asegura;
 i a prueba puse del indio
 con el valor la conducta.

El mar de leva a la costa,
 en noche de viento, obscura,
 un buque arroja maltrecho
 lejos del puerto que busca.
 La nave trajo a su bordo
 —de la Goajira o del Zulia—
 en oro i perlas i aljófares
 insólita fuerte suma;
 i aquel tesoro, regalo
 del viento i el mar en furia,
 llegó a mis manos intacto.
 De tantas perlas ninguna
 se vió lucir en las flechas
 ni sobre las bellas plumas
 que el indio ciñe a su frente
 o en torno de su cintura. ✕

Aquel ajeno tesoro
 guardado estuvo en la gruta
 que en alto cerro fragoso
 albergue dió a Guarocuya;
 i cuando nuevas ofertas
 de paz a secas anuncia
 la voz de nueva embajada,
 siquier subsista la duda,
 entrégase aquel tesoro,
 regalo del mar en furia,
 en fé de la honesta vida
 que informa nuestra conducta. (43)

V.

El Pacto.

Un tercio corrido había
de aquesta misma centuria
—que acaso luego se llame
el siglo del sol que alumbra
el vasto imperio de España,
donde no se pone nunca—
i trece veces había
cerrado el año la curva
que en torno del sol describen
al par la tierra i la luna,
cuando llegó Barrionuevo
abordo de henchida urca,
de Comisario del trono
luciendo la investidura.

(44)

A poco de haber llegado
su regia visita anuncia
en son de paz o de guerra,
i luego emprende la ruta.
El buen Las Casas—previendo
la negativa o la escusa—
cual verde ramo de olivo

la carta real exulta,
 i lleva al ánimo en vela
 del indio, que teme o duda,
 la fe que inspira el mensaje
 del César a Guarocuya.

Conciértase la entrevista
 en noche clara de luna
 i en sitio agreste vecino
 del lago i de la espesura.
 En ella no toma parte
 escolta o guardia ninguna,
 pues se convino en que sólo
 dos oficiales acudan
 con cada uno a la cita
 en esa noche de luna.
 Para pactar como buenos
 tuvo lugar la segunda
 a pleno sol, otro día,
 a orillas de la laguna.

La carta real autógrafa
 de Carlos Quinto asegura
 —a cuantos son los indígenas
 al mando de Guarocuya—
 los dones del hombre libre
 que en la justicia se fundan;
 las armas con que el derecho
 la fuerza doma o anula:
 la libertad con la vida,
 que el siervo jamás disfruta;
 hogar i predio en parcelas
 de agraria zona fecunda,
 sin feudo, pecho ni diezmos
 que sólo el siervo tributa.

El pacto así garantiza
 la vida i la paz futura

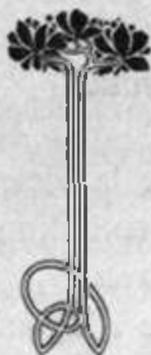
al resto del pueblo heróico
 que en nobles rasgos abunda
 i nada supo de horrores
 —que el tiempo en vano discuipe—
 en tanto que la conquista
 no puso en juego su astucia.
 I el pacto fue concertado
 a orillas de la laguna.

Firmado el pacto por quienes
 en él sin reservas fundan
 la paz moral que la guerra
 con sus violencias perturba,
 no fue difícil cumplirlo;
 i atrás dejando la altura,
 teatro del heroismo
 del indio bravo i la cuna
 en donde nace a deshora,
 entre el fragor de la lucha,
 la libertad a que aspira
 i en el derecho se escuda,
 con rumbo al Ozama emprende
 la caravana su ruta.

I fuera ya de la Sierra
 que el sol destaca i alumbra;
 i lejos ya de la zona
 de prados, valle i laguna,
 primores de la comarca;
 i al cabo ya de la ruta,
 en medio del alborozo
 que en las pupilas fulgura,
 los templos tañen sus bronces,
 en himnos rompe la música
 i vibran hurras i vivas
 que el aire pueblan a una,

en honra de Carlos Quinto
i en honra de Guarocuya.

En medio del alborozo
que en las pupilas fulgura
de tanta gente conversa
al culto de la fortuna,
con rumbo a oriente su viaje
la caravana reanuda,
i va en silencio, pensando
tal vez en cosas oscuras
que, si olvidarlas quisiera,
vibrara ardiente i rotunda
en cada pecho aborigen
la voz de la sangre: nunca!



VI.

Ultima Etapa.

Boyá la espera. En su seno
señal no existe ninguna
del régimen en que cifra
su fuerza la fuerza bruta.
Boyá la acoge en su fértil
extensa zona sin brumas,
en donde, hogar de la raza,
—tras cruel i pávida lucha—
el último cacicazgo
conmigo la raza funda.
Allí se entrega al cultivo,
sin loco afán de fortuna,
i saca el pan de su prole
de aquella tierra que es suya.

Divide el indio las horas
—a veces sin pena alguna—
en las faenas del campo,
i en juego, areitos i diumbas:
o bajo plácida fronda
la diaria siesta procura

dormir en cómoda hamaca,
que es nido flotante i cuna;
i allí también para el sueño
eterno cava su tumba . . .

Mas ai! a veces evoca
la selva negra i obscura,
de horror i muerte, por donde
a rastras iba a la tumba
la noble raza aborígen . . .
la misera i sin ventura!
I entonces sella sus labios
un gran dolor, como nunca,
al ver, en cada jornada
de cruenta i bárbara lucha,
vencido, roto, inmolado
a todo un pueblo, por una
falacia de la conquista,
tan ciega i torpe i absurda,
que sobre ruinas su imperio
con gloria o sin ella funda.

El tiempo así, lentamente,
corriendo ha ido i ninguna
mudanza cierta despeja
la incógnita ni la duda
acerca de que subsista
el indio en edad futura.

Su vida actual languidece
en cada hembra infecunda,
i el resto de aquella raza
esbelta ayer i robusta,
ahora débil, vencida,
quizás en breve sucumba
como la planta agostiza
de poca savia o ninguna.

Mi buena i dulce Mencía
 en vano en sus venas junta
 la sangre de Higuenamota
 con la del noble arijuna
 i a dar a luz nuevas vidas
 amor en vano la impulsa.
 Ni el fresco lecho de grama
 por mí mullido en la gruta
 que fué mi hogar en la sierra,
 ni el blando lecho de plumas
 que fué su nido en la choza
 detrás del ramaje oculta,
 en cuatro lustros de espera
 jamás sirvieron de cuna
 al hijo que ver solía
 —ya de perfil en la curva
 o ya en el oro del disco
 poético de la luna—
 la madre en ciernes, si olvida,
 soñando, su desventura.
 Las hondas penas del alma,
 las horas largas a oscuras,
 prendieron en sus entrañas
 dolor i penas enjutas.
 Tal pierde el árbol sus flores,
 su savia agota i se mustia!

Un pueblo exangüe i enfermo
 no ofrece esperanza alguna
 ni en cuanto al cruce mestizo,
 ni en cuanto a la raza pura.
 Un pueblo en tal decadencia
 su fin cercano denuncia.
 El cuadro mísero nada
 al ojo avizor oculta:
 la triste vida de cuantas,
 sin hijos, quedaron viudas;

el cruzamiento tardío,
 pasada la edad adulta;
 i el vientre estéril, en sombras,
 de fiel esposa infecunda. (46)

La dulce lengua lucaya
 —que el aborigen modula
 con ritmo a tono de areito,
 o ritmo en ondas de diumbas—
 en vez de ser conservada
 cual rica joya futura,
 siquiera en fáciles rimas
 que al canto ceden las musas,
 o muere muda, en silencio,
 o habrá de morir expuís. ('7)

El pueblo indijena pasa,
 como el bajel cuando cruza
 en alta mar i se pierde
 tras denso velo de brumas.
 El pueblo indígena pasa,
 cual suele bajo la luna
 finjir el miedo un fantasma
 que con el alba se esfuma.
 Tras dos centurias su huella
 se habrá perdido en la ruta,
 i donde ahora se extingue,
 por culpa ajena i no suya,
 el resto de nuestra raza
 vencida, la sin ventura!
 pondrá su manto de duelo
 la noche triste, o la lluvia,
 i luz de lágrimas pías,
 como un sudario, la luna! (48)

VII.

La Visión del Héroe.

La casta de los Caciques
conmigo baja a la tumba.
Mas Guarionex i Caonabo
—heróicos siempre en la lucha—
perfil de prócer destacan
en su bizarra apostura;
Hatuéi, Maireni i Guaroa
—a quienes otros emulan—
el épico rasgo inscriben
en cumbre, sima i laguna;
el fuerte Cotubanama
i Anacaona, la musa,
encima de infame horca
con noble gesto se encumbran;
siquier de todos los héroes
las sombras vaguen inultas! (49)

El peso de la conquista
gravita sobre la cuna
que dió Colón a su magna
i peregrina aventura.

Aquí se inicia la historia
 con su epopeya que alumbra
 al Nuevo Mundo i, con ella,
 la nueva edad inaugura.
 Quizás exalte a Quisqueya
 i en toda su vida influya,
 con bruscos cambios de vida,
 el ser de un mundo la cuna.

Pluguiera al cielo que un día,
 cuando corone la altura
 el ideal de justicia
 en que el progreso se funda,
 la pseudo-raza, fundida
 en el crisol de la lucha,
 feliz en sus lares patrios
 i heroica como ninguna,
 tremole cordial enseña
 de amor i paz i cultura!

Entonces, reconocida
 a cuantos diéronle ayuda:
 los próceres de su causa,
 los mártires de la lucha,
 los faros de su conciencia,
 verá surgir una a una,
 en bronce o mármol, con alma,
 sus más excelsas figuras.

Entonces, como Las Casas,
 apóstol de fe robusta,
 tendrá su estatua Enriquillo...
 ¡la estatua de Guarocuya!

La mía! la de un rebelde!
 Será delirio o locura?

La casta de los Caciques
conmigo baja a la tumba;
mas queda, como una síntesis,
i al aire libre se encumbra,
erecta sobre las lomas,
señoreando la altura,
al mar Caribe de frente,
de espaldas a la laguna,
ejemplo de patriotismo,
la estatua de Guarocuya!

El sol de la Independencia
allá, conmigo, fulgura!
La libertad siempre tiene
en sacro monte su cuna!



NOTAS.

1

Guarocuya. Es el nombre indígena del último cacique. Parece derivado de **Guaroa**. Acaso eso influyó en que, bautizado con el nombre de **Enrique**, se le llamase luego **Enriquillo**.

2

La **flecha** i la **macana** eran las armas de los aborígenes; pero ya, cuando se alzaron en el **Baoruco**, conocían el manejo de las armas conquistadoras.

3

Boyá. Fué la común mediterránea cedida al cacique para residencia de los indios. Era zona libre i autónoma.

4

Flor de oro es la versión castellana de **Anacaona**.

5

Don Nicolás de Ovando, Comendador de **Lares**, Gobernador de la colonia. Fué cruel. Extremó el régimen político, frío i calculador, del hábil monarca **Fernando el Católico**.

6

«**Culpa del tiempo fué, que no de España**»—dice el famoso verso de **Quintana**.

7

«**La más hermosa que ojos humanos vieran**»—dijo de **Cuba** el **Descubridor**; pero aun no había visto a la isla

que denominó Española i la cual fué su predilecta i guarda en la Primada los restos del Héroe.

8

Canel: Caserío. En Cuba, en la provincia de Oriente, hai una sección con ese nombre. La guerra de independencia le ha dado fama.—**Areltos:** cantares.—**Diumba:** danza.—**Mazorca:** ese juego consistía en desgranar el maíz a golpes de flecha.

9

Arjuna: equivale a extranjero.

10

La Bahía de Samaná. «Golfo de las Flechas» la llamó Colón en memoria del primer combate habido entre indios i españoles.

11

La Navidad. Primera fortaleza española erigida en el nuevo mundo. Es un símbolo.

12

Colón erigió en el Cibao dos fuertes: **Santo Tomás i Magdalena.**

13

Alonso de Hojeda. Tipo de leyenda. Fue el primero que se internó en la selva quisqueyana, el primero en los asaltos i las sorpresas, i el primero que entró en el Lago de Maracáibo. Murió en la Primada i aquí se conservan sus restos.—**Caonabo:** Es el intrépido cacique de Maguana i fué esposo de Anacaona. Fué llevado a España, cautivo, i allá murió a poco de haber llegado.

14

Batalla de la Vega-Real. Esa cruz dió origen a la devoción de la Santa Reliquia en el Santo Cerro i en la Catedral Primada de América.

15

Eracra: bohío grande, hogar del cacique, i a veces edificio público.—**Batei:** estadio de juegos i el juego mismo. Hoy se da ese nombre al sitio de las maquinarias en un ingenio de azúcar. En Puerto Plata hai un lugar que conserva ese nombre. El malogrado poeta Juan Isidro Ortea le dedicó uno de sus poemas.

16

El Pan de Azúcar es una montaña en la península samanesa.

17

Guarionex era el cacique de Maguá.—**Mayobanex** era el jefe de los Ciguayos. Ambos murieron—lo mismo que Roldán, el Alcalde Mayor rebelde, i que Bobadilla, el egoísta aprehensor de Colón—en el naufragio de la flota deshecha i hundida en el Placer del Estudio por el huracán, anunciado por el gran Almirante, que arrasó también la ciudad de Santo Domingo erigida a la margen izquierda del río Ozama.

18

Cayacoa. El cacique de Higüel e Hicayagua.

19

Nitalno: equivale a jefe local o sub-cacique.

20

Bohechio. El anciano cacique de Jaragua. Se le llamó el Néstor de los Caciques.

21

Anacaona, su hermana, privada del cacicazgo de la Maguana, le sucedió como Reina de Jaragua.

22

Preténdese que ese verso, o la idea contenida en él, formaba parte de un himno lucayo. **Malreni** se lanzó en un precipicio para no caer en poder de sus perseguidores.

23

Hatuel, el bizarro sub-cacique, se fué para Cuba en una canoa. Lo mismo hicieron después, de Jamaica a la Española, dos oficiales al servicio de Colón: **Diego Méndez,** español, i **Giácomo Fiesci,** italiano.

Lucía Victoria Bacardí, joven escultora cubana, cuenta entre sus obras una escultura de «Hatuel en la hoguera».

24

Roldán, Alcalde Mayor, tomó las armas en desconocimiento de la autoridad legítima del Descubridor i de su Adelantado Don Bartolomé Colón.

25

Fco. de Bobadilla. Inició sus gestiones de Comisario regio poniéndoles grillos al Descubridor i a sus hermanos, i enviándolos a España bajo partida de registro.

26

Frei N. de Ovando fué nombrado Gobernador de la

Colonia por Real Orden del 3 de Septiembre de 1501, expedida en Granada. Fué un mandatario de rara energía. Empleóla eficazmente con los colonos e implacablemente con los aborígenes.

27

Andrés de Valenzuela. Véase la leyenda **Enriquillo** por Ml. de J. Galván.—**Encomienda.** Dotación de indios al servicio de los terratenientes españoles. Miguel de Pasamonte fué—a más de Tesorero Real—jefe de los **Repartimientos.**

28

Ese hecho infando se conoce en la Historia con el nombre de **Exterminio de Jaraguá.**

29

Guarca Nitaino. Deudo de **Bohechio** i de **Anacaona.**

30

La poetisa i reina de Jaragua pagó con su vida, en la horca, el supuesto plan de muerte atribuido a **Guaroa.**

31

Juan de Esquivel fué, luego, teniente gobernador de Higüey. Más tarde fué a la conquista de Jamaica.

32

Isla adjacente. **Sacra** se llama también, en Italia, una villa de la Liguria. Es una de las que pretenden haber sido la cuna de **Cristóbal Colón.**

33

Cotubanama, el atlético sucesor de **Cayacoa,** murió ahorcado lo mismo que **Anacaona.**

34

Frai Bmé. de las Casas es prominente figura histórica. Demócrata i filántropo, de superior entendimiento, consagró su larga vida a un nobilísimo apostolado: fué el **Apóstol de los Indios.**

35

A modo de feudos eran las **encomiendas.** Los **repartimientos** constituían verdadera servidumbre.

36

Don Diego Colón i **Doña María de Toledo,** como Virreyes, iniciaron una política sana: de atracción i de toleran-

cia; pero fracasaron en su empeño.—Frai Antón de Montelino, el insigne orador dominico, es otra figura histórica conspicua.

37

Pasamonte i los encomenderos, hostiles a Colón i los suyos, inventaron a su capricho ambos motes.

38

Fr. Remigio fué maestro de Enriquillo. Cuando éste se alzó en armas estuvo a verle en el Baoruco.

39

Higuemota o Higuenamota era hija de Anacaona. Casó con Hernando de Guevarra, apuesto oficial español, i fruto de su amor fué Mencía.

40

Enriquillo fué incluido en los repartimientos. Por malas artes, sin duda, entró en la encomienda de aquel joven libidinoso.

41

Badillo era teniente gobernador en la Maguana. Junto con Valenzuela fué derrotado en el Baoruco, más tarde, por Enriquillo.

42

La alta sierra del Baoruco fué el escenario de la viril protesta.

43

Es un hecho i un acto que destaca la figura moral del héroe i la disciplina de sus huestes.

44

Barrionuevo trajo credenciales de Comisario regio—con plenipotencia—para transigir i pactar con Enriquillo.

45

Caiguani era el nombre indígena de la laguna. Parece haber tenido, también, el de Naragua. Después se le ha llamado Lago de Enriquillo.

46

La raza aborígen, diezmada, casi exterminada por el rigor de la conquistista, se fué extinguiendo hasta desaparecer en el siglo XVIII.

47

Lo mismo ocurrió al dulce idioma lucayo o de cepa lucaya. Sólo quedan de él algunas palabras: muy pocas.

48

Boyá conserva un raro sello de melancolía. Dijérase la olvidada tumba de la raza extinta.

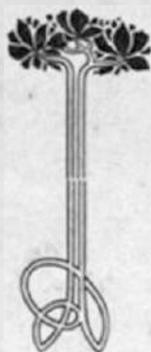
49

La literatura nacional ha ponderado su vida i cantado sus dolores i sus proezas: Félix M. del Monte, con su *Ozema*, drama lírico, aún inédito; Javier Angulo Guridí, con su drama histórico *Higuaniona*; Manuel de J. Galván, con su leyenda histórica *Enriquillo*, de merecida fama; José Joaquín Pérez, con su leyenda en prosa *Flor de Palma* i con sus poemas de *Fantasías Indígenas*; Gastón F. Deligne, con su breve poema trágico: *Malrení*; i Salomé Ureña de Henríquez con el suyo: *Anacaona*.

50

La literatura cubana lo ha hecho con: *La Luz de Yara*, tradición i leyenda, por V. Betancourt; *Hatuéi*, poema dramático, por Fco. Sellón; i *Hatuéi*, poema lírico, por Santacilia.

La pintura i la escultura se han ensayado, lucidamente, con igual motivo: *Caonabo en la cárcel*, cuadro al óleo, por Luis Desangles; *Caonabo*, la celebrada escultura de Abelardo Rodríguez Urdaneta; i *Hatuéi en la hoguera*, escultura, obra de Lucía V. Bacardí, dan fé de ello.



SALUDO A SANTIAGO

En el homenaje organizado, por iniciativa de la
Sociedad Amantes de la Luz,
como ofrenda cívica en el 80 aniversario del Maestro.

I

Alce el vuelo al aire libre
mi saludo —cual paloma mensajera— rumbo al campo,
i en el hondo valle vibre
con el ritmo de un poema, i en la Cumbre i Diego Ocampo.

Dios te guarde, noble villa! Mi saludo es una rosa
de Castilla o rosa Francia,
que en el carmen ahora triste de mi vida pesarosa
aun conserva el cáliz rojo con su euritmia i su fragancia.

Dios te guarde, regia ondina,
que en sus ondas claras mece con amor el Yaque i loa
con la cauda cristalina
de su salto —que es su lira melodiosa— el Jimenoa.

Mi saludo no es paisaje
que se esfuma apenas visto, como un lampo en el vacío,
sino un cálido homenaje,
encendido como un faro en la margen de tu río.

Gloria a tít ciudad heráldica de los Treinta Caballeros
de León i de Castilla,
donde el sol de España brilla
con la hazaña legendaria de Minier i sus lanceros.

Gloria a tít ciudad invicta que, al surgir en la epopeya
iniciada en el Baluarte,
l' alba cruz de la bandera —luz i espíritu de Duarte!
con la sangre del vencido convertiste en roja estrella.

Gloria a tít que diste normas a las bélicas legiones
de Beler i Talanquera. . .
Tuyos fueron los laureles de los inclitos varones
que cayeron abrazados a la cruz de su bandera.

Gloria a tít que, con la gesta de Numancia o de Cartago,
te hiciste de una antorcha con tu mano previsor,
i el incendio i el estrago
fácil triunfo le auguraron a la lid restauradora.

Gloria a tít la más preclara
de las nórdicas provincias que creara el optimismo,
donde tiene templo i ara
cada héroe consagrado como prócer del civismo.

Gloria a tít pues que profesas
la doctrina del Apóstol i su credo trinitario!
Gloria a tít por tus proezas
en el drama de tu vida i en su épico escenario.

Pueblo magno i pueblo mío!
 No desdoras tus preseas con ajeno poderío;
 ni deslustres los blasones
 de tus próceres ilustres i tus máximos varones.

Forja en bronce nuevo escudo
 i en acero tu loriga; pero corta el fuerte nudo
 de la tierra promisoro,
 i haz surgir de sus entrañas la riqueza que atesora.

No te arredre la porfía,
 ni lo largo de la ruta, ni lo obscuro de la vía.

Pon la mente soberana, junto al bicep de tu brazo,
 en la fragua del progreso;
 la falange de Mercurio viaja en auto o tren expreso,
 o en aviones cuyas alas antes fueron del Pegaso.

Pon encima de tu anhelo
 —cuando tiendas la mirada más allá del horizonte—
 el zafiro de tu cielo,
 el aljófar de tu río, la esmeralda de tu monte.

Nunca viole tu hondo valle ominoso latifundo.
 Con la tierra parcelada, ya sin siervos ni señores,
 luzca libre cada fundo
 el teobroma o el tabaco o el cafeto con sus flores.

I si el águila en acecho
 quiebra el ritmo de tu vida con su grito sobreagudo,
 abroquélate en tu escudo
 hijodalgo i paladín en las justas del derecho.

I si irrumpe el mal de leva. . . no toleres que desplace
 ola rubia o negra ola
 cuanto es oro en el acervo nacional i a todos place,
 cuanto es oro de tu alma quisqueyana i española.

Dios te guarde, noble villa
de los Treinta Caballeros de León i de Castilla!
Bajo el sol de cada día,
arda siempre en tus hogares el amor con la alegría!

Ninfa egeria o regia ondina,
hoi te miras en la luna del remanso de tu río
i en la cauda cristalina
que enriquece con su linfa la región de regadío.

Dios te guarde, luchadora
en las lides del progreso i en la lid libertadora!
Hoi tu sueño de cultura —que es un sueño de victoria—
leda brisa nemorosa del vecino bosque arrulla.

Favorita de la gloria!
Dios te salve i te bendiga! i aleluya! i aleluya!

Fed. Henríquez i Carvajal.

Santiago, Septiembre 16 de 1928.

